
LOS HOMBRES de la historia
la Historia Universal a través de sus protagonistas
4
Napoleón
Walter Markov
Centro Editor de América Latina

LOS HOMBRES de la historia

4

En 1769, en Ajaccio, ciudad francesa desde hacía un año, nace un niño que será llamado Napoleón.

El sentido de este nombre - "el que todo lo intenta" - no pudo ser más exacto y, para toda una vida, tan profético.

Ya sea en las etapas de su ascensión o de su decadencia; en las manifestaciones de su carácter impetuoso asociado a un temperamento volcánico; en su agudo sentido teatral y de la oportunidad; en sus ignorancias y su maquiavelismo; en su asombroso e ilimitado orgullo y, por fin, en la declinación cruel que afecta su tremenda vanidad, increíble compañera de una mente excepcional, Napoleón es, sin duda, el "más grande de los "condottieri" de la era de la manufactura y, desde cierto punto de vista, el último gigante en su género".

El año 1795 señala el comienzo de su carrera meteórica; hasta entonces, casi un desconocido para el público, bastó que aniquilara una revuelta realista para que las recompensas llovieran sobre él; militar victorioso en Europa y en Oriente, Primer Cónsul a fines de 1799, Cónsul vitalicio en 1802, en 1804 es proclamado Emperador de los franceses.

Fue la espada que la clase media necesitó para llevar a puerto la Revolución Francesa de 1789, pero fue también el hombre que, de algún modo, falseó el espíritu de esa Revolución a la que nunca comprendió del todo y de la que mucho se sirvió.

Personalidad controvertida, su vida suscita aún la polémica entre partidiarios y enemigos irreconciliables. Cabría preguntarse con Walter Markov y con el fin de llegar a un balance menos subjetivo, si Napoleón logró hacer irreversible el ordenamiento social de 1789; si su talento militar difundió la revolución por toda Europa; si el ímpetu del pensamiento de la emancipación burguesa, después de haberla implantado en Francia, le allanó el camino más allá de sus fronteras; si abatió cercos y barreras, que ni siquiera su derrota pudo reconstituir; si su arte de guerra contribuyó siempre a crear y a acelerar desarrollos irrepetibles; si obligó a sus enemigos a servirse de sus mismas conquistas para afirmarse contra él, infiel administrador de la herencia de la Revolución.

Porque la leyenda creada por él mismo poco antes de morir en la isla de Santa Elena, en 1821, "he salvado la Revolución... tal es la causa por la cual muero mártir", todavía espera su confirmación o su rechazo.

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali Spa - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Mirella Brini, Ido Martelli, Franco Occhetto, Andreina Rossi Monti.

4. Napoleón - La Revolución Francesa y el Período Napoleónico
Este es el primer fascículo del tomo La Revolución Francesa y el Período Napoleónico.
La lámina de la tapa pertenece a la sección la Revolución Francesa y el Período Napoleónico, del Atlas Iconográfico

Ilustraciones del fascículo Nº 4:
Han sido proporcionados por la agencia Snark International, París.
Tapa: **Napoleón. Dibujo de Ingress** (Snark)

Traducción de Oberdan Caletti

Centro Editor de América Latina S. A.
Av. de Mayo 1365 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e hijos S. A., Luca 2223, Buenos Aires, en junio de 1968.

Napoleón

Walter Markov

1767

15 de mayo. Génova vende la insurgente Córcega.

1769

9 de mayo. Los franceses derrotan a Pascual Paoli en Ponte Novo y toman posesión de Córcega. 15 de agosto: nace Napoleón en Ajaccio.

1779-1785

Napoleón ingresa en forma gratuita en la Academia militar de Brienne; en 1785 es cadete de la Escuela Militar de París; en 1785-89, subteniente.

1789

14 de julio. El pueblo de París toma por asalto la Bastilla. Bonaparte trata de difundir en Córcega las ideas de la revolución.

1791

16 de junio. Con el grado de teniente de artillería se inscribe en el club jacobino de Valence.

1792

20 de abril. Declaración de guerra de Francia a Austria, la que obtiene el apoyo de Prusia. El 10 de junio Bonaparte asciende a capitán.

1793

21 de enero. Ejecución de Luis XVI. El 1º de febrero la Convención declara la guerra a Inglaterra y Holanda. Febrero: en el curso de una operación contra Cerdeña, rompen definitivamente relaciones, Napoleón y Pascual Paoli. 2 de junio: caen los girondinos bajo el predominio de los jacobinos. 11 de junio: derrotados por Paoli, que se alinea del lado de Inglaterra, los Bonaparte abandonan Córcega. 29 de julio. El capitán Bonaparte escribe *La cena de Beaucaire*. 17 de diciembre: Bonaparte asciende a teniente coronel de artillería; el 19 del mismo mes logra la rendición de Tolón; el día 22 se lo promueve a general de brigada y desde el 7 de febrero del año siguiente integra el comando del ejército de Italia.

1794

27 de julio, "9 de Termidor" *, caída de Robespierre. Bonaparte es encarcelado del 9 al 20 de agosto.

1795

5 de abril: Paz de Basilea con Prusia. 20-23 de mayo: Insurrección de los *sans-culottes* ** de Pradial. Bonaparte es despedido el 15 de junio, y el 15 de setiembre es amenazado con la destitución. 5 de octubre. Reincorporado al servicio aniquila la revuelta realista de Vendimiario, y el 26 de octubre se convierte en comandante supremo del ejército interior. 3 de noviembre: Instalación del Directorio.

1796

28 de febrero: Bonaparte clausura el club jacobino Panthéon, que inspira Babeuf 2 de marzo: es nombrado comandante supremo del ejército de Italia. El 9 del mismo mes, casa con Josefina de Beauharnais y el 27 asume el comando en Niza. Abril: campaña-relámpago contra Piamonte; victorias de Montenotte (12 de abril), Millesimo (13), Dego (15), Mondoví (21). Armisticio de Cerasco (28). 10 de mayo: victoria sobre los austríacos en Lodi; el día 15, entrada en Milán y paz con Cerdeña. El 4 de junio inicia el sitio de Mantua. Su victoria en Castiglione anula los refuerzos austríacos. 1º de octubre: Juan Ranza pronuncia el famoso *Discurso sobre la unidad de Italia*. 6 de noviembre: derrota de Napoleón en Bassano, compensada por las victorias del 15 y 17 de noviembre en Arcoles.

1797

14 de enero: victoria de Rívoli; el 2 de febrero se rinde Mantua y el 19, Bonaparte impone la paz de Tolentino al Estado de la Iglesia. 18 de abril: concluye con Austria las preliminares de Leoben. 2 de mayo: declara la guerra a Venecia y rechaza el apoyo de los demócratas insurgentes. 26 de junio: Melquior Gioja recibe, con la aprobación de Bonaparte, el primer premio en un concurso sobre la mejor forma de organizar el Estado en Italia. 9 de julio: proclamación de la república Cisalpina. 17 de octubre: paz de Campoformio: Venecia es asignada a Austria a título de compensación por Bélgica y Lombardía.

1798

19 de mayo: después de haber participado en el congreso de Rastatt en misión extraordinaria, Bonaparte se embarca hacia Egipto. Derrota el 21 de julio a los mamelucos en las Pirámides, pero el 1º de agosto, Nelson le destruye la flota en Abukir. 22 de agosto: el "Napoleón negro", Toussaint L'Ouverture, jefe de los esclavos negros rebeldes, obliga a las últimas tropas francesas a abandonar Haití.

1799

12 de marzo: nuevamente estalla la guerra con Austria. El zar Pablo envía al ejército ruso a Italia en apoyo de Austria. 17 de mayo: después de ocho intentos infructuosos contra San Juan de Acre, Bonaparte emprende la retirada de Siria. 19 de julio: descubrimiento de la "piedra de Rosetta", con la que Champollion descifrará los jeroglíficos del antiguo Egipto. El 25 de julio Bonaparte aniquila un cuerpo de expedición turco en Abukir. El 15 de agosto, en Novi, Joubert pierde la batalla y la vida contra Suvorov, no obstante lo cual el 23 de octubre el zar retira las tropas rusas de Italia. 23 de agosto: Bonaparte abandona Egipto y desembarca el 9 de octubre en San Rafael. 9-10 de noviembre: "18 Brumario", Bonaparte derriba al Directorio. El 24 de diciembre entra en vigor la institución del Consulado con Bonaparte en el papel de "Primer Cónsul".

1800

13 de febrero: fundación del Banco de

* Mes correspondiente al nuevo calendario republicano instituído en 1793: Messidor, Termidor, Fructidor, Vendimiario, Brumario, Frumario, Nevoso, Pluvioso, Venaso, Germinal, Floreal y Pradial.

** Los calzones (culottes) del Antiguo Régimen dejaron paso a los sencillos pantalones que hasta entonces usaban sólo las clases trabajadoras (sans culottes); usados por la izquierda jacobina, se convirtieron en sinónimo de revolucionario republicano.

Francia. El 17 de febrero se dicta la ley de los prefectos. 14 de junio: victoria de Bonaparte en Marengo. 3 de diciembre: Moreau vence a Hohenlinden. 24 de diciembre: atentado contra Bonaparte en la calle St. Nicaise, organizado por los realistas. Como represalia, son deportados algunos jacobinos.

1801

9 de febrero: la paz de Lunéville con el "Imperio" asigna a Francia la orilla derecha del Rin. 24 de marzo: el asesinato del zar Pablo pone fin a las tratativas de alianza franco-rusas iniciadas el 6 de marzo. Julio: el submarino de Fulton "Nautilus" realiza su viaje inaugural frente a Brest.

1802

25 de enero: Bonaparte, presidente de la república Cisalpina, que el 26 de enero es la República Italiana, con Melzi en función de sustituto. 25 de marzo: paz de Amiens con Inglaterra. 14 de abril: Chateaubriand dedica a Bonaparte, *El genio del cristianismo*. 20 de mayo: se restablece la esclavitud en las colonias; el 7 de junio, Toussaint L'Ouverture cae en una emboscada y muere el 7 de abril de 1803 en una fortaleza francesa donde estaba encarcelado. 2 de agosto: Bonaparte, cónsul vitalicio. El 15 de agosto promulga el Concordato estipulado el 15 de julio de 1801. El 11 de setiembre anexa el territorio de Piamonte.

1803

12 de abril: decreto-ley sobre las fábricas. El 1º de diciembre, establecimiento de la libreta de trabajo. 3 de mayo: venta de Luisiana a los Estados Unidos en previsión del estallido de una nueva guerra con Inglaterra, la que se producirá el 20 de mayo. 9 de mayo: la nave de vapor de Fulton, "Piroscafo", navega en las aguas del Sena. 10 de setiembre: proyecto para la construcción de calles y caminos en Francia. 24 de setiembre: Fouché obtiene que se asigne una pensión a favor de Charlotte Robespierre. 2 de diciembre: Bonaparte concentra un "ejército de Inglaterra" en los campamentos de Boulogne.

1804

15 de febrero: fracasa el complot realista Moreau-Pichegru-Cadoudal. El 21 de marzo es fusilado el duque de Enghien, capturado en la ciudad neutral de Kehl. 27 de marzo: concluyen los trabajos del Código Civil, en curso desde 1794 bajo la dirección de Cambacérès. 18 de mayo: Napoleón es proclamado Emperador. Beethoven revoca la dedicatoria de la *Sinfonía Heroica* a Bonaparte. 11 de julio: institución de la Legión de Honor. 9 de noviembre: José Bonaparte, maestro del Círculo del Gran Oriente. 2 de diciembre: coronación de Napoleón en presencia del papa Pío VII, retratada por Luis David, que el 20 de noviembre es designado "primer pintor del Imperio".

1804-1806

Francia es derrotada en la nueva guerra de liberación que estalla en Haití.

1805

2 de marzo: plan para el desembarco en Inglaterra (previsto para el 15 de junio). 17 de marzo: Napoleón "Rey de Italia". En calidad de virrey se designa el 7 de junio a Beauharnais. 9 de agosto: Austria entra en la alianza anglo-rusa del 11 de abril, formando así la "tercera coalición". El 14 de octubre, victoria de Napoleón en Elchingen; el 19, rendición de los austríacos en Ulm, pero el 21, victoria naval de Nelson en Trafalgar, por cuyo motivo Nápoles adhiere el 20 de noviembre a la coalición. 2 de noviembre: victoria de Napoleón sobre los rusos y sobre los austríacos en Austerlitz. El 26 de diciembre, paz de Presburgo.

1806

15 de febrero: José Bonaparte, rey de Nápoles. El 5 de junio, Luis Bonaparte, rey de Holanda. 4 de abril: el episcopado dicta el *Catecismo imperial*. 20 de junio: Napoleón condecora al industrial Oberkampf; el 26 de setiembre, exposición industrial en París. 12 de julio: fundación de la Confederación del Rin bajo el protectorado de Napoleón. 8 de octubre: estalla la guerra contra la "cuarta coalición": Prusia, Rusia, Inglaterra y Suecia. El 14 de octubre, completa derrota de Prusia en Jena y en Auerstädt. 21 de noviembre: Napoleón proclama, desde Berlín, el "bloqueo continental" contra Inglaterra. Percier y Fontaine erigen el arco de triunfo del Carrousel.

1807

2 de marzo: Napoleón decreta la clausura del Gran Sinedrin de París. 14 de junio: victoria sobre el zar Alejandro I en Friedland. El 7 y el 9 de julio, paz de Tilsit con Rusia y con Prusia. El 22 de julio creación del "gran ducado de Varsovia". El 16 de agosto Jerónimo Bonaparte, rey de Westfalia. 3 de setiembre: segunda edición del Código Civil: "Código napoleónico". 9 de octubre: se inician las reformas de Stein en Prusia. Fichte pronuncia el primero de sus *Discursos a la nación alemana* (13 de octubre). 19 de noviembre: los franceses invaden Portugal con la complicidad de España (30 de noviembre: ocupación de Lisboa).

1808

1º de marzo: institución de una nobleza imperial. 5 de mayo: Napoleón obtiene de los Borbones de España, en conflicto entre sí, la renuncia al trono de Bayona. La designación de José Bonaparte como "rey de España" es seguida de insurrecciones populares. El 6 de junio, la Junta de Sevilla declara la guerra a Francia. 22 de julio: la capitulación del cuerpo de ejército de Dumont, rodeado por los españoles, suscita vasta repercusión en el mundo entero. 1º de agosto: Joaquín Murat, rey de Nápoles. El mismo día, un cuerpo británico a las órdenes de Wellesley desembarca en Portugal y el 30 de agosto obliga a Junot a la rendición de Cintra. 27 de setiembre-14 de octubre: se desarrolla el memorable congreso de Erfurt. 5 de noviembre: comienza la campaña de Napoleón en España. El 4 de diciembre Madrid se rinde, pero sigue la acción de la guerrilla.

1809

8 de marzo: Austria inicia la guerra, que provoca en Alemania sublevaciones locales contra Napoleón. 17 de mayo: Francia se anexa el Estado Pontificio. 21-22 de mayo: derrota de Napoleón en Aspern y en Essling. 10 de junio: la bula papal *Quem memoranda*, inaugura una nueva lucha de la Iglesia. Pío VII es desterrado a Savona el 6 de julio. 5-6 de julio: victoria de Napoleón en Wagram. 14 de octubre: con la paz de Viena, Austria cede Iliria a Francia. 17 de diciembre: promulgación del código penal (que entra en vigor el 1º de enero de 1811).

1810

Fundación de la Escuela Normal Superior, en París. 2 de abril: Napoleón casa con la hija del emperador de Austria, María Luisa. El 3 de junio separación del "antiguo terrorista" Fouché. 9 de julio: anexión de Holanda. 15 de agosto: erección de la Columna Vendôme en París. 8 de octubre: Wellesley (desde 1809 lord Wellington) se atrinchera en Torres Vedras, frente a Lisboa. Los franceses se retiran el 4 de marzo de 1811. Octubre-noviembre: un intercambio de notas sobre la actuación del bloque continental, provoca la ruptura con Rusia. El 13 de noviembre, Napoleón se anexa la costa alemana del Mar del Norte hasta Lubeck.

1811

20 de marzo: nace el hijo y heredero del trono, el "rey de Roma" (Napoleón II), el Aguilucho, duque de Reichstadt, que muere en 1832.

1812

16 de enero: institución de un ministerio

1. La familia imperial. Espinal. Museo de "l'Imagerie" (Snark).


FAMILLE IMPÉRIALE.
MARIE-LOUISE, IMPÉRATRICE
NAPOLEON, EMPEREUR.
JOSÉPHINE, IMPERATRICE
NAPOLEON, DUC DE REICHSTADT
LA PRINCESSE PAULINE
JÉROME BONAPARTE
LA PRINCESSE ELISA
LA REINE CAROLINE
JOSEPH BONAPARTE
LA REINE HORTENSE
LUCIEN BONAPARTE
LOUIS BONAPARTE
LAETITIA BONAPARTE
EUGÈNE BAUHARNAIS

para la industria y el comercio. 8 de febrero: Napoleón imparte las órdenes para la campaña de Rusia. El 24 de febrero alianza con Prusia, y el 14 de marzo con Austria. El 9 de abril alianza ruso-sueca de Abo, y el 28 de mayo paz ruso-turca de Bucarest. 18 de marzo: constitución liberal española de las Cortes de Cádiz. 9 de abril: el papa es trasladado de Savona a Fontainebleau. 23 de junio: Napoleón penetra en Rusia; el 7 de setiembre, batalla de Borodin, el 14, ocupación de Moscú, el 19 de octubre comienzo de la retirada. 23 de octubre: fracasa el golpe de Estado del general Malet en París. 5 de diciembre: Napoleón abandona "el gran ejército" y se traslada a París.

1813
4 de marzo: declaración de guerra de Prusia a Francia. 24 de marzo: fracasan las tratativas para un concordato entre Napoleón y el papa. 2 de mayo: victoria de Lützen; Sajonia se alía nuevamente con Napoleón. 20-21 de mayo: victoria de Bautzen; el 4 de junio, armisticio de Pleisswitz. 12 de agosto: Austria declara la guerra. 26-27 agosto: Napoleón resulta triunfante en Dresde, pero sus mariscales sufren, uno tras otro, sucesivas derrotas (23 de agosto, 6 de setiembre). 16-19 de octubre: batalla de las Naciones en Leipzig: retirada de Napoleón al otro lado del Rin.

1814
25 de enero: Napoleón se despide de su mujer y su hijito, a quienes no volverá a ver. 29 de enero-21 de marzo: operaciones en la Champagne. Éxitos y fracasos se alternan frente a un enemigo tres veces más poderoso (29 de enero: Brienne; 1º de febrero: La Rothière; 10-14 de febrero: victorias sobre el disperso cuerpo de Blücher; 18 de febrero, en Montereau, sobre Schwarzenberg; 7 de marzo: Craonne; 10 de marzo: Laon; 13 de marzo: Reims; 20-21 de marzo: Arcis-sur-Aube). 3 de febrero: defección de Murat. 31 de marzo: entrada de los aliados en París. 13 de abril: Napoleón firma el "Acta de abdicación de Fontainebleau". El día 23 Luis XVIII desembarca en Calais. 4 de mayo: Napoleón llega a la isla de Elba y se instala en Porteferraio. 30 de mayo: primera paz de París. El 4 de junio Luis XVIII promulga la "Carta constitucional". 1º de noviembre: apertura del congreso de Viena.

1815
1º de marzo: Napoleón desembarca en el golfo de San Juan. El día 13, el congreso de Viena lo excluye. El día 25, cuádruple alianza contra él. 20 de marzo: el Emperador hace su entrada en París. Los "cien días"; el 22 de abril, nueva constitución. 29 de marzo: Murat se alinea del lado de Napoleón. El 30 lanza la proclama de Rímini, de inspiración carbonaria. El ejército napolitano es aniquilado el 3 de mayo en Tolentino. 9 de junio: Acta conclusiva del Congreso de Viena, relativa al nuevo "ordenamiento legitimista" de Europa. 16 de junio: Napoleón vence a los prusianos en Ligny. 18 de junio: Wellington y Blücher derrotan a Napoleón en Waterloo; el día 22 Napoleón abdica nuevamente. 15 de julio: Napoleón se embarca en Rochefort en el "Bellerofonte" rumbo a Inglaterra, y el 7 de agosto es trasladado a Torbay, a bordo del "Northumberland", como prisionero de guerra. 26 de setiembre: acuerdo de la "Santa Alianza". 13 de octubre: fusilamiento de Murat tras un breve sumario. 26 de octubre: Napoleón es confinado en Santa Elena. El 20 de noviembre se firma la segunda paz de París.

1821
5 de mayo: Napoleón muere en Longwood, en la isla de Santa Elena.

El pequeño corso de lacios cabellos

No fue una de las últimas causas de la caída de Robespierre en 1794, el hecho de que el estado de emergencia haya creado una tensión insoportable en la nación francesa, precisamente después que los sucesos de la dictadura jacobina habían dejado entrever la perpectiva de poner término a la revolución y lograr el establecimiento de un nuevo orden de cosas.
Pero ocurrió exactamente lo contrario.
Es cierto que tanto Rusia como España habían salido de la guerra sin rencores, y que Holanda se había convertido en Estado satélite. Pero el más oscuro de los interrogantes era quién debía mandar en la República del "año III". El sector popular urbano fue el primero en rendirse. Con la eliminación de la vital pequeña burguesía montañesa,* le faltó su natural aliado en el juego de las fuerzas de clase para la constitución del nuevo régimen. Los *sansculottes*, aislados y sin esperanzas depués del doble alzamiento de Germinal y Pradial, en la primavera de 1795, perdieron toda significación, y la generación de los que habían tomado la Bastilla y las Tullerías desapareció definitivamente de escena.

El golpe experimentado por la izquierda privó a la burguesía termidoriana ** de sus reservas estratégicas. Tanto a los monárquicos constitucionales como a los viejos realistas, se contraponían las habituales intrigas parlamentarias de los aspirantes a los cargos. La desilusión buscó varios caminos de salida; la conspiración de un Graco Babeuf para movilizar nuevamente a la plebe militante con un lejano objetivo de sentido comunista, no fue sino la ilusión de un puñado de profetas, y sin embargo, logró ser un poderoso imán en el que se polarizaron las esperanzas de los demócratas derrotados y en cuanto tal, un peligro para un *establecimiento* aún no consolidado.

Proporciones mucho más vastas asumió la tendencia opuesta, dirigida a un "buen" tiempo antiguo, imaginado *a posteriori*, y "bueno" solamente para una élite. El cansancio que sigue al delirio patriótico cuando se acentúa el contraste entre imaginación y realidad cotidiana, la ostentación descarada de la riqueza por parte de una nueva élite (compradores de bienes nacionales, proveedores del ejército, especuladores), en medio de la inflación y del hambre parecieron desacreditar a la revolución en su conjunto y dar razón a los pesimistas. Desde el verano de 1795, las células políticas de los artesanos y pequeños comerciantes de París, las secciones, se volcaron hacia la derecha.

El día 13 de Vendimiario, en respuesta a la Constitución que culminó las tareas de una Convención decrépita, se descargó la tensión mediante una insurrección manejada por la demagogia contrarrevolucionaria. En esta coyuntura, el Centro no podía contar más que con los militares "jacobinos". Un brigadier, de nombre Bonaparte —exhumado para la ocasión— acometió la tarea con valentía: con una fría sonrisa aniquiló la subversión y allanó el camino del poder al Directorio de cinco miembros, y en éste, a su protector Barras.

Las recompensas se van acumulando: comandante del ejército interior, clausura, en cumplimiento de instrucciones, el club Panthéon; antes de que se produzca el arresto del "tribuno del pueblo", Buonarroti y de los otros "iguales", sube todavía unos cuantos peldaños. El "bufoncito" se casa con la amante de Barras, el "más dulce culito del mundo", o sea la viuda Josefina Beauharnais, y en seguida parte para asumir el comando supremo del ejército de Italia.

Cuando el público coronaba de laurel las cabezas de sus predilectos Hoche, Jourdan y Marceau, el guerrero nacional Bonaparte era casi desconocido: un semi-extranjero de desagradable acento. Sin embargo, había algo que jugaba a favor de este desocupado *outsider*. Había nacido en Ajaccio el 15 de agosto de 1769, pocos meses después de la victoria francesa sobre Pascual Paoli, tan molesta para la República de Génova que ésta, dudando de poder someterla, había cedido la isla de Córcega al rey Luis XV. El abogado Carlos Bonaparte, perteneciente a una familia de la pequeña nobleza toscana, mezclada con los personajes insulares, había compartido la pesarosa campaña con su mujer Leticia

* Tendencia de la izquierda jacobina que representa a la burguesía media y a las clases populares y cuyo máximo dirigente político fue Robespierre.
** Sector que el 9 Termidor derriba a Robespierre tras agitados debates en la Convención.

1

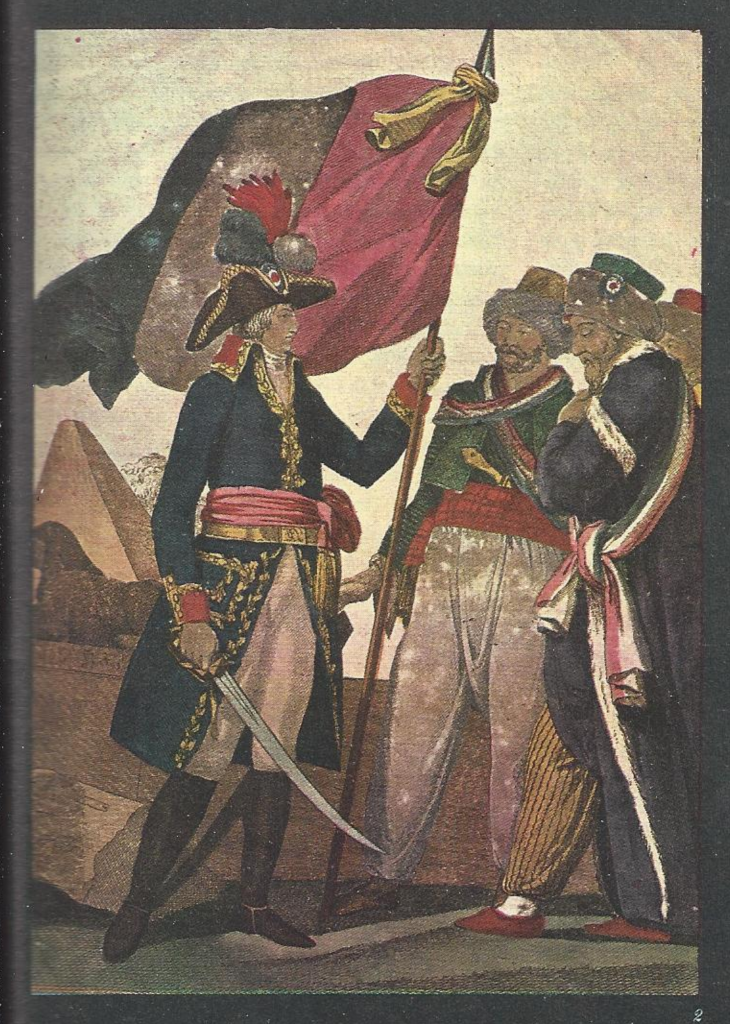
1. *Raffet*, Italia 1796 (Snark).

2. Napoleón, *de A. Appiani. Milán, Pinacoteca de Brera* (Snark).



2





2



3



1. *Gros.* Bonaparte en Arcole. *París, Louvre* (Snark).

2. *Bonaparte en Egipto, Ilustración del siglo XVIII. París, B. N.* (Snark).

3. *Una imagen de Napoleón. París, B. N.* (Snark).

4. *Retrato de Josefina Beauharnais, de Isabey. Malmaison* (Snark).

Ramolino; pero el graduado de la Universidad de Pisa, lleno de hijos, a raíz de la escasez de sus medios económicos, no tardó en poner buena cara al más fuerte. Su lealtad fue recompensada con la gratuidad de los estudios para sus dos hijos mayores. Napoleón es un niño difícil; "cabeza de hierro" que medita en la soledad de la gruta de Casone, o acaso un simple niño caprichoso. Sólo al llegar a los diez años aprende —como puede— la lengua francesa en Autun, antes de frecuentar la academia militar de Brienne y más tarde la Escuela Militar de París: un muchachito de piernas cortas, obstinado en su incomunicación y en su soledad, taciturno, introvertido y ambicioso. Físicamente delicado, pero puntilloso y por instinto de conservación, mordazmente agresivo contra los individuos físicamente más fuertes que él. Alumno de capacidad mediana, sorprende de tanto en tanto a sus maestros en aritmética, geografía e historia. Los deberes escritos, desde el punto de vita estilístico, son incorrectos pero originales. Su *hobby* predilecto son los juegos tácticos.

A los dieciséis años es abanderado, es decir, subteniente en el regimiento de artillería La Fère. Entrenamiento en guarniciones provinciales: principalmente Auxone y Valence. Es pobre, "amante tímido", devorador de libros: Plutarco, Voltaire, Rousseau, escritos militares y un cúmulo impresionante de obras que constituyen el alimento de los autodidactas. Sueña lanzarse fuera de la estrecha realidad en la aventura de una vida desacostumbrada; poco propenso a las ideologías, las medita, pero no se compromete a mejorar el mundo: es un agnóstico superficialmente sentimental, que no gusta de las sutilezas ni de los abandonos místicos. Su razón mediterránea sofoca los excesos de la fantasía y durante toda la vida perdurará en él la conciencia de su antiguo espíritu latino.

Francia le interesa poco. Su pequeño mundo es la familia, de la cual, tras la muerte del padre (1875), cree tener que asumir la responsabilidad, adelantándose al "primogénito" José: espíritu de clan del que sus mediocres hermanos se servirán más allá de toda medida.

La volcánica explosión de 1789 inflama moderadamente a Napoleón. En la masa sin uniforme nunca vio otra cosa que material rústico, lo que indica que no comprendió cabalmente el espíritu de la revolución. Por otra parte, no tiene motivo para lamentar el paraíso de los parásitos, la "dulce vida". Viviendo entre el privilegio y la clase media de comerciantes, en una región donde el sentido patriarcal estaba por encima de las barreras de clase y situación, donde la extrema riqueza era mucho más rara que la extrema miseria, donde no había verdaderas ciudades, ni relaciones estrechas con la monarquía y el feudalismo, lo plausible del modo de proceder del Tercer Estado lo convenció. La supresión de los trastos fuera de uso y la dinámica que rompía una existencia monótona, permitían al joven lanzarse a alta mar, a velas desplegadas, con sólo izar la bandera tricolor al tope de su palo mayor.

Entrevé una ocasión para la libertad de Córcega y obtiene una licencia para precipitarse en la refriega. No mira, sin embargo, el debilitamiento de Francia mediante una guerra civil, pues quiere, a través de la revolución, sublevar a la isla derrotada y hacerla partícipe del movimiento renovador. Para él resulta, no la separación sino la integración. De esta manera, a la par de Saliceti, apoya la línea francesa como patriota corso; acción difícil puesto que la mayoría reaccionaria es de ideas contrarias. En 1791 ingresa en el club jacobino de Valence, y va y viene cinco veces entre la isla y el continente, a pesar que las frecuentes ausencias obstaculizan sus progresos en la carrera. El 20 de junio y el 10 de agosto de 1792 aparece como espectador casual de las jornadas de París. Tanto Luis XVI —"¡qué imbécil!"—, como las masas populares ("... él sabría exterminarlas rápidamente a tiros de cañón...") lo dejan indiferente. Sin embargo, no lamenta el cariz que toman los acontecimientos.

Mientras tanto estalla la guerra, y Napoleón es capitán. En febrero de 1793 toma parte en un audaz golpe contra Cerdeña y rompe definitivamente con Paoli. En efecto, mientras en París desaparecen de escena los girondinos,* Pascual rompe abiertamente con la República. Los Bonaparte pasan a la oposición, son derrotados y abandonan para siempre su pequeña patria.

Napoleón se introduce en el pensamiento francés, reconoce la consecuente energía de la Montaña y escribe, informado por su espíritu, *La cena de Beaucaire*. Tolón representa su banco de prueba: el 17 de diciembre de 1793 las baterías del teniente coronel destruyen las alturas que dominan la rada. La escuadra inglesa se retira y dos días después el "federalismo" se rinde.

Bonaparte contribuye así a escribir la última página de la guerra civil, y se hace amigo de Agustín Robespierre, ganándose el favor de Barras. Pero el 9 Termidor interrumpe la carrera del general; considerado apéndice del Incorruptible, es arrestado y liberado pocas semanas después, si bien es considerado sospechoso y finalmente licenciado. Quisiérase decretar su retiro o relegarlo a Turquía: pero muy pronto la necesidad del "general Vendimiario" provoca un cambio de ruta.

"Hábil táctico, matemático excepcional, republicano": así concibe Jacques Roux la figura ideal del "condottiero". Pero Bonaparte se demostró capaz (después de haber borrado la "u" de su nombre) en un frente en el que todo parecía echado a perder, de mucho más —y muy distinto. En las llanuras cubiertas de sangre de Lombardía, ese "hombre pequeño, seco, oscuro y delgado" se transformó en el dios de las batallas. Si Barras había contemporizado entre Babeuf y Bonaparte para instalar un estricto "justo medio", establecido después de una difícil gestión, y obtener el monopolio de un seguro beneficio, ahora en 1796 las luchas de posición y las oscilaciones de los propietarios de la orilla derecha y los de la izquierda del Sena palidecen frente al torbellino envolvente del "teatro de guerra secundario". La explosión de Bonaparte, cuyo talento se quiere derivar de su abuela Angela Pedra Santa, ¿se limitará al campo militar o representará un obstáculo para la libertad popular? ¿Será él, ese César contra cuya ascensión Robespierre y Marat habían puesto en guardia a los revolucionarios?

El "condottiero"

Aniquilar a los piamonteses en el curso de una semana no fue difícil. El rey de Cerdeña se vio separado de sus aliados y amenazado por el general francés, en caso de prestar oídos al partido patriótico italiano. Para evitar estas consecuencias, el 28 de abril se adhirió al frágil armisticio de Cherasco; Bonaparte —y esto debe servir de reflexión— dejó que sus amigos se perdieran en aras de las operaciones. Después de una nueva y fulminante victoria sobre los austríacos entró en Milán.

El "condottiero" no se detuvo del todo en la carta de la sorpresa. Y puesto que la "clave" del dominio de los Habsburgo, sobre Italia era Mantua, se concentró pacientemente en el asedio de la ciudad. Puso en fuga a los refuerzos que estaban llegando o los aniquiló, cercándolos. Su gloria brilló claramente en Castiglione, mientras que en Bassano tuvo un momento de eclipse que las victorias de Arcole debían muy pronto disipar. Sin embargo, sólo en el nuevo año de 1794, el 14 de enero, las últimas fuerzas del enemigo fueron derrotadas en Rívoli. La fortaleza lacustre se rindió y Bonaparte se encontró con las manos libres.

Una incursión a través de Emilia obliga al Papa a establecer acuerdos y el 19 de febrero la paz de Tolentino costó las Legaciones al Estado de la Iglesia. Aún no se había secado la tinta sobre el papel, cuando Bonaparte, desligándose del archiduque Carlos en el río Tagliamento, con una marcha forzada a través de los Alpes se lanzó hacia Semmering, el valle que lleva a la capital austríaca. En Loeben llevó a cabo negociaciones preliminares de paz, que quiebran la primera coalición contra la Revolución.

El general comandaba soldados que defen-

* Tendencia de la derecha jacobina, legalista y vinculada a la burguesía moderada.

dían sus propiedades rurales liberadas y, conscientemente orgullosos del progreso de la patria, se sentían superiores a los mercenarios; ni oprimidos ni siervos de la gleba que acechan la ocasión de huir, sino ciudadanos conscientes que el jefe, en el campo de batalla, puede disponer a su antojo, en cuadros, o prolongar en sutiles cadenas de fusileros. Los mismos soldados lo liberaban de la dependencia propia del sistema de almacenaje, y sus subalternos, llenos de iniciativas, penetraban intrépidos en las líneas de enlace a espaldas de los enemigos. Su mejor general era la *Marsellesa.* Bonaparte utilizaba los elementos de éxito nacidos de la revolución, sólo para sintetizarlos y explotarlos con infalible consecuencia.

A propósito de este "solamente", se requería —por más que Ferrero lo ponga en duda— un cerebro verdaderamente excepcional; un cerebro que no poseía ningún otro: formidable precisión para evaluar las situaciones, en la elección de los medios y del momento justo. La mira debía ser alta, y él excitaba los ánimos para alcanzar cada vez más altas metas,con órdenes del día hábilmente dosificadas: victoria para la paz y para los ideales de la revolución, ¡gloria y botín!

Se encarnaba en Bonaparte la unidad de conducta de la guerra y de la política. Sin fijarse itinerario alguno, comenzó a seguir su estrella. Para esto, arriesgó el todo por el todo. Puso en juego su vida sobre el puente de Arcole —y no es una fábula—, como puso en juego su carrera en su marcha forzada hacia el Danubio. Si la corte de Viena hubiera tenido nervios firmes, la participación extraordinaria de Napoleón en la historia grande podía haber concluido en el año 1797 con la rendición. Pero Bonaparte calculó que sus rayos sobre la cabeza del enemigo, habrían de paralizar su pensamiento: su triunfo no fue fruto del azar.

El "pequeño cabo" sin miedo, pronto al humor, frugal y resistente a la fatiga, estaba enteramente consagrado a sus tropas: un "romano", novel esposo de buenas costumbres e inverosímil fisonomista, preocupado por sus "soldados gruñones" desde las medias a la cera de las orejas, en tanto no tuviera que emplearlos en la batalla. Durante largas horas se atormentaba frente a las cartas topográficas, trabajando noches enteras. Cuando llegaba al límite de la fatiga, la batalla se perfilaba en forma clara y neta en su mente, y después de cinco horas de sueño se presentaba ante sus oficiales. Éstos veían como si se disparara un mecanismo de relojería, y cuando éste sonaba, era la victoria. Irradiaba una especie de fluido en torno de él, que fue de gran importancia y le ayudó a edificar el futuro. Lo habían enviado a restablecer un frente y a reducir sus gastos; él, en cambio, encontró el modo de que fuera Italia la que mantuviera al ejército y además despachó cajones de ducados a la Babel hambrienta de dinero: publicidad formidable a favor suyo. Despojó iglesias y museos; las obras maestras del arte figuraron en los tratados de paz como reparaciones de guerra, y esos estupendos trofeos —por lo demás, la cosa había comenzado en Bélgica y Holanda en 1793-1795— convirtieron al Louvre en la metrópoli universal de la pintura.

Sus increíbles éxitos engendraron la desconfianza del Directorio y de los generales rivales. No siempre esperaba Bonaparte las órdenes superiores; algunas veces hacía directamente lo contrario, y con más frecuencia obraba antes de recibir las órdenes, para "rendir cuentas" después, e informar sobre las ventajas obtenidas. Sin embargo, no puede decirse que fuera impertinente: a lo sumo podía presentar su renuncia, aunque sabiendo de antemano qu nadie se habría atrevido a matar la gallina de los huevos de oro.

Los últimos jacobinos franceses e italianos se hallaban divididos entre opuestos sentimientos. Para muchos, el ejército de Italia era el último refugio. Si el general los plantaba en seco, tenía a mano una justificación: hábiles solamente para la charla, mientras que él necesitaba auténticos sostenedores. El discurso de Ranza sobre la unidad nacional, la fundación de la Cispadana y un concurso abierto por Napoleón para encontrar la mejor forma de organización del Estado, que fue ganado por el "cura de izquierda" Melquior Gioja, vigorizaron las perspectivas italianas. El "condottiero", con su corte en Mombello, se preparaba tal vez —para bien o para mal— para la función de pro cónsul.

Quizás fuera una situación provisoria, pero Hugo Foscolo lo aclamó demasiado rápido como un liberador: en cambio, negó su apoyo a las clases populares venecianas y decretó, "la República de San Marcos ha cesado de existir", porque tenía necesidad de ello para una transacción. Mientras en Génova se proclamaba la República Ligur y en Milán la República Cisalpina, la paz de Campoformio del 17 de octubre de 1797 (firmada realmente en Passeriano), asignaba la venerada laguna a los Habsburgo a título de compensación.

En diciembre regresó a París. Frenéticamente agasajado, fue, en cambio, modesta la recompensa por lo que había hecho: un asiento en el Instituto de Francia. Se declaró cansado y disgustado de los hombres; pero perdonó a Josefina sus escapaditas.

Las mil y una noches

El gobierno ofreció al hombre del momento, que incluso desocupado constituía un problema, la ocasión para poner a prueba su habilidad diplomática en el congreso de Rastatt, donde el "Imperio" debía tratar la paz y avenirse a ceder a Francia la orilla izquierda del Rin. Bonaparte, después de haber adoptado por algún tiempo ciertas poses para despertar sensación, no estaba dispuesto a gastar las municiones en ese cenagal de venalidad. Su sano instinto le aconsejaba derrotar al enemigo principal: Inglaterra, a través de Egipto.

No era un absurdo, como juzgan hoy algunos autores. La república misma había considerado con anterioridad un proyecto de ese género. Bonaparte había "verificado" en Italia las distancias con el Oriente, y había hecho tomar Corfú y Cefalonia. El sultán Tippu de Missore entró en la alianza. Se establecieron acuerdos sobre el trono de Persia y con el pashá de Janina, Alí. El jacobino griego Rhigas estaba por reunirse con Bonaparte cuando fue capturado por esbirros austríacos y consignado a los turcos que lo ahorcaron en Belgrado en 1798. Soñaba acaso Bonaparte con un fabuloso Gran Imperio? Él se refirió, aunque sin aclararlas nunca, a sus verdaderas intenciones: pero esperaba hasta saber cómo y cuándo podía favorecerle una victoria. No se resignaba a quedarse con las manos quietas ni a limitarse a las intrigas. Para hacer estas cosas, había otros mejor dotados que él. Napoleón, para sí, necesitaba todo un ejército, difícilmente reclutable en un período de paz general; y el Directorio se lo facilitó con satisfacción: un punto de apoyo en el Nilo habría presionado sobre las posiciones de Inglaterra en la India, y bloqueado su potencia marítima. De esta manera, al secundar sus deseos, se liberaba de ese inoportuno.

Un juego de azar mucho más descabellado que el de las montañas de Estiria: sólo bastaba que Nelson, que se había embarcado en mayo de 1798, interviniera en la expedición y adiós sueños. Pero el futuro amante de lady Hamilton lo buscaba en lugar equivocado. Mientras tanto Bonaparte ocupó Malta —donde destronó la venerable Orden de los Caballeros— desembarcó en Alejandría y desbarató la caballería de los mamelucos en Giza, en tanto que de lo alto de las pirámides, "cuarenta siglos contemplaban a los franceses". Pero ocurrió lo que tenía que ocurrir: cuando el almirante británico supo donde se habían detenido, destruyó sus naves frente a Abikur e interceptó al "renovador del Egipto" el camino del retorno.

La India se desplaza entonces, hacia una inalcanzable lejanía, y Tippu cae en la defensa de su capital, Seringapatam. Bonaparte rompe las cadenas del medioevo oriental, despierta a los egiptólogos, se lleva un obelisco al Sena y valoriza elementos estilísticos de las construcciones faraónicas. Cabalga un dromedario, corteja a la mujer de un soldado, lée *Werther*, y exalta astutamente al profeta Mahoma. Parte hacia Siria en campaña contra los turcos y por



1. 2. *Platos de estilo Imperio: vista de Malmaison y Napoleón en calesa. Malmaison y París, Museo de los Inválidos* (Snark).

3. Entrevista de Napoleón con Pío VII, *de J.-L. Demarne* (Snark).

ocho veces intenta conquistar con arma blanca a San Juan de Acre después que "John Bull" le capturó las piezas de artillería: locura suicida, que le lleva a una humillante retirada en mayo de 1799, y que denuncia el límite de sus posibilidades. Pero él no escatima esfuerzo alguno; desafiando a la muerte, toca con finalidad exhibicionista a sus enfermos de peste en el hospital de Jafa y sobrevive.

Los ingleses, al igual que los "managers" de París, lo ven gustosos lejos de Francia, y el comodoro Sidney Smith le procura por añadidura noticias sobre Europa. El Directorio había ido demasiado lejos deportando en 1798 a Pío VI, que no pedía otra cosa que morir en Roma: "Moriréis en todas partes". En Nápoles, que les ha demostrado su solidaridad, los franceses entraron en enero de 1799. En el otro extremo, los suizos, con el patrocinio de París, han derribado su confederación transformándola en una "República helvética" centralizada, con la hipoteca de tropas francesas en el país. En consecuencia, la actitud de Austria se ha endurecido; Inglaterra ha dado sus redobles de tambor y el zar Pablo, preocupado por sus intereses en Oriente, adhiere a una "segunda coalición". En graves circunstancias concomitantes —asesinato de embajadores franceses en manos de húsares austríacos—, Francisco II reanuda la guerra en marzo de 1799 con el apoyo de un ejército ruso al mando de Suvorov, que hace tambalear el dominio francés en Italia.

Las elecciones de abril en Francia provocaron conmoción. Los patriotas jacobinos volvieron a levantar cabeza una vez más, obteniendo enérgicas medidas. La situación militar, mientras tanto, se apaciguaba. Bonaparte no había perdido tiempo sin embargo. Eludiendo nuevamente la vigilancia, había desembarcado en San Rafael el 9 de octubre y se apresuraba a marchar hacia París. Aquí los elaboradores de planes trabajaban vertiginosamente. Declarar a la patria en peligro significaba poner diques a un retorno a la democracia, y por otra parte, soltar las riendas favorecía la conquista del poder por parte de una combinación de moderados y de *chuanes*.* El Directorio corrompido no tenía ya, ni la fuerza ni la autoridad para desenredarse de los temidos extremismos. En el sector de la izquierda, nadie se dejaba engañar con la trampa del ciudadano,

* Guerrilleros contrarrevolucionarios realistas del oeste de Francia.



3

superior al burgués, que se burlaba de todo. El centro, desprovisto de apoyo, acechaba la llegada de un ejecutor de la justicia, capaz de cortar con su espada el nudo gordiano: operación siempre delicada. Pero aun cuando fuera un militar —y hasta la oposición hubiera aceptado también esta operación—, debía tratarse de uno que fuera demasiado ambicioso para tener que compartirlo con los Borbones. Casualmente, el "general Vendimiario" consideraba de *su* interés inclinar sus preferencias por la República antes que por el rey Luis XVIII.

Bonaparte no fue simplemente "hecho". No bien advirtió que un partido lo esperaba para "poner orden", extendió sus antenas en busca de charreteras oficiales, senadores y diputados, jacobinos y representantes de las finanzas. De acuerdo con éstos, organizó el golpe del 18 Brumario (9 de noviembre de 1799) y llevó a cabo el juego preparado por él mismo —uno y otro, por otra parte como aficionado. El Directorio —comprendidos Barras que esta vez cayó en sus propias redes, Siéyès que, vuelto a la política, pretendía ser para Bonaparte otro mentor y Carnot que pese a tener de él altísima estima como profesional, lo recelaba, lleno de presentimientos en política—, desapareció de la escena frente al joven (30 años), primero de los tres cónsules de la República Francesa.

El Cónsul

El pincel de David preludiaba en 1788 con *El juramento de los Horacios* la unificación de los *Estados*; en 1799 sus *Sabinas* conjuraban a los partidos a suspender sus discrepancias: pero, ¿quién hubiera querido vivir ininterrumpidamente en un estado transitorio de desorden? Los electores habían fracasado en el sentido que pretendían los notables republicanos, y cada año tenían que ser "reeducados". Las últimas convulsiones habían demostrado que por debajo de las cenizas aún incubaba el fuego; bandas de salteadores turbaban la paz de las aldeas; a la guerra marítima y colonial se agregaba la reanudación de las hostilidades en el continente; la renta estaba muy por debajo de los valores nominales: no era así como el *dorado millón* se había imaginado la liquidación del feudalismo y del *poder arbitrario*. Diez años después de la toma de la Bastilla, se manifestaban exigencias de mercados y cambios seguros para el futuro.

Una *alta clase media* no ha llevado nunca a buen puerto sus revoluciones tan solo con sus propias fuerzas. Si ha necesitado del "filósofo" que hiciera de anunciador y guía, de los campesinos y artesanos que sirvieran de ariete para afirmar —contra éstos— el propio régimen, ha tenido que recurrir a otros compromisos: con los residuos del antiguo poder —junto a la nobleza y a la dinastía en Inglaterra en 1688, sin ellas en América en 1776—, o con una buena espada. Ésta se llamaba en 1799: Bonaparte. La astucia hegeliana de la razón histórica se sirvió de él. Si no se hubiera encontrado presente, hubiera tenido que inventarlo. Si alguno de los directores de la política habían esperado encontrar un instrumento que pudiera liquidarse con el honor del más alto de los cargos, se engañaba por completo. Bonaparte los superó a todos, junto con su constitución prefabricada, imprimiéndoles el sello de su personalidad y su ambición.

Su programa tenía el valor de la simplicidad: basta con los mil y un disfraces del *espíritu de facción* "*¡Unanse a la masa del pueblo francés!*". Ofreció ser para todos: pero quien le presentara oposición tenía que hacer frente a sus bayonetas caladas.

Aparte ciertos rivales envidiosos, a quienes sin embargo el Primer Cónsul tendía puentes de oro, se sentía seguro del ejército. Para éste no era tan sólo el conductor admirado, sino también quien le garantizaba su rango en el Estado y en la sociedad. La tropa era para él el esqueleto del todo, pero nadie mejor que Bonaparte sabía que "un gobierno no se funda en la punta de las bayonetas". Estaba muy lejos de la dictadura de una única casta profesional y no subestimaba en modo alguno la "Intendencia". Su capacidad para captar el nudo

de una cuestión y descubrir con decisión su interés era provechosa tanto para el legislador como para el administrador. Conservaba útiles apoyos, si le significaban ventajas. A cambio de la concesión de ventajas se hacía confiar la representación de su participación política: así era, en líneas generales, su maquiavelismo, que se jactaba de impedir la acumulación de instrumentos de poder en manos de "grupos de presión", que contraponía entre sí para neutralizarlos después recíprocamente.

Bonaparte trató de atemorizar a los especuladores y, a título de advertencia, encarceló al "jefe" de los mismos, Ouvrard. Dentro de la burguesía de los negocios apreciaba —con Saint Simon— a los "productores". Favoreció mucho la producción de mercancía y la empresa industrial. Garantizó a la actividad agrícola la colocación de sus productos, protegida en el interior por la estabilidad del país y en el exterior, por las aduanas. El campesinado, en cambio, le proveía de soldados.

El Consulado mantenía brutalmente en jaque a los proletarios agrícolas y a los operarios, con la prohibición de asociación y de huelga y con la libreta de trabajo obligatoria. Los vagabundos eran despachados a la horca con los más fútiles pretextos. La libertad del pensamiento autónomo no se adaptaba a este sistema, que quería ser un mecanismo de relojería, aunque con larga cuerda y con suficiente facilidad para el juego. Ni siquiera la intrepidez ideal convenía a Bonaparte, que había leído mucho, pero no era culto y lo confundían las contiendas de la lengua y de la pluma. Sospechaba el peligro por el lado de los "metafísicos", en tanto que se las arreglaba mucho mejor con los científicos —Lalande, Laplace— quienes se conformaban con decir herejías acerca del universo.

A los que esperaba tener como colaboradores, les concedía el perdón general sin prejuicios por sus pecados de juventud, ya fueran de izquierda o de derecha: al desertor Lafayette y al "organizador de la victoria" Carnot; a Talleyrand, miembro de la Constituyente, y a Fouché, miembro de la Convención; al girondino François de Neufchâteau y al montañés Jeanbon St. André, al pederasta Cambacérès y al "maestro de cortesía" Caulaincourt. Rehabilitó a los emigrados antes aún que a los jacobinos; amnistió a Buonarroti, es cierto, aunque nunca de hecho. Los realistas eran capaces de arrastrarse hasta lo inicuo con tal de recuperar la posesión de sus bienes y rentas, o bien se comportaban de esa manera para poner un pie dentro del régimen.

¿No existía, pues, una clara línea de clase? Parece que sí: y de ahí el agotamiento de la clase dominante —económica y socialmente—, con la centralización política mediante un ejecutivo de gran eficiencia, que proviniera del victorioso ejército de la revolución y se elevara, por eso, por encima de las facciones particulares de la burguesía y al cual se le podían tolerar las veleidades subjetivas, con tal que cumpliera sus funciones objetivas.

El Primer Cónsul: "Hemos terminado el romance de la revolución; debemos comenzar la historia y ver lo que hay de real y posible en la aplicación de los principios". Y comenzó con un anticipo obtenido de la alta finanza. Como contrapartida, fundó el 18 de enero de 1800, el Banco de Francia. La administración simplificada de los impuestos aseguró el pago rápido de los tributos. Mediante una ley dictada el 17 de febrero, creó el sistema administrativo de los prefectos, subprefectos y síndicos. Abolió la libre elección de los magistrados e incorporó la justicia al aparato burocrático. Intervino con conocimiento de causa en los debates sobre el código civil: un trabajo serio que sólo terminó el 27 de marzo de 1804 y que constituyó acaso la más pura abstracción del "espíritu de los tiempos" bajo el consulado: "igualdad" frente a la ley, "libertad" de la persona, pero sobre todo de la propiedad, "absoluta, sin limitaciones ni controles"; determinación de la patria potestad, sometida a la curaduría de la mujer. La prohibición de toda verificación de paternidad, ¿significaba para ella un premio consuelo, o bien consolidaba sólo formalmente a la familia burguesa? El divorcio y la división de la herencia permanecieron como adquisiciones de la revolución, junto con la celebración del matrimonio civil, el registro de los nacimientos y de las muertes conservados por el estado laico. El contrato de trabajo fue equiparado a un alquiler de cosas, en interés del patrón en sus relaciones con el asalariado: clara expresión jurídica de las reales relaciones de producción que corresponden al estado de las fuerzas productivas, al desarrollo de un joven ordenamiento social-capitalista; en una palabra, el más admirable, el más moderno código del mundo.

¿Fue solamente papel, hasta que quedó la guerra como suprema norma? Fue éste precisamente uno de los motivos por los cuales los *brumarienses* nada pudieron hacer a menos de la "espada". De aquí el papel excepcional y la efectiva popularidad de un ejército del que dependía la existencia de la República. Para defender la revolución (no debe olvidarse la afirmación del joven Marx de que ésta representó para la burguesía un verdadero triunfo) de la competencia británica y de la Europa feudal, para alcanzar la paz y al mismo tiempo conservar las anexiones, no hacía falta un pacifista, sino un *Robespierre a caballo*. Sin olvidarse de esto, el Primer Cónsul buscaba una solución y la entrevió de nuevo en Italia, porque los austríacos habían concentrado allí desde el principio el grueso de sus fuerzas en posiciones avanzadas. Traspuesto el monte San Bernardo, los tomó por la espalda, y la primera victoria de Marengo, obtenida a última hora gracias a Desaix (13 de junio de 1800), resolvió la ecuación. El golpe igualmente brillante asestado por Moreau sobre Hohenlinden completó el cuadro al finalizar el año: el emperador Francisco se rindió y firmó en 1801 la paz de Lunéville esta vez también para el "Imperio".

Bonaparte demostró un buen golpe de ojo. Restituyó las conquistas "ilegales" de 1798-1799, Roma y Nápoles; dejó las islas Jonias a Rusia, aunque le costara una desilusión; el zar Pablo, irritado por las bombas austro-británicas contra las bases rusas del Mediterráneo, no sólo se retiró bruscamente de la coalición, sino que favoreció abiertamente los proyectos de Bonaparte en Oriente. Los franceses todavía estaban en Suez, y una tenaza ruso-francesa contra la India preocupaba tanto a los militares como a los diplomáticos. Esto tuvo su fin cuando el déspota de todas las Rusias, cayó víctima de una conjuración de palacio. El zar Alejandro I eligió la neutralidad y las tropas de Bonaparte en Egipto tuvieron que rendirse a los ingleses.

Se imponía una paz de compromiso. También la monarquía insular se agotaba en un aislamiento nada "espléndido", y después de haber negociado tenazmente concluyó el 25 de febrero de 1802 la paz de Amiens. Mantuvo algunas colonias y restituyó la mayor parte de las holandesas, francesas y españolas, comprometiéndose a evacuar el valle del Nilo y Malta que había ocupado en setiembre de 1800. Francia retiraba sus guarniciones de Italia del sud y ponía fin al boicot del comercio británico: notable suceso para el Primer Cónsul, que se quitó de encima las dos nulidades políticas que actuaban como colegas (Cambacérès y Lebrun), y se hizo prorrogar de por vida el cargo mediante un plesbicito que puso de manifiesto el sincero entusiasmo de Francia hacia el portador de la paz.

A esta fecha —y no al 18 Brumario— Georges Lefebvre hace remontar el paso del Rubicón por el "heredero" de la Revolución instalado en las Tullerías, el comienzo de la evolución hacia una monarquía autocrática y hacia la identificación de la razón de Estado con una cuestión privada. Lo cual no significa, sin embargo, que tuviera que subsistir entre ellos una contradicción sobre cada punto. Considérese el Concordato. El 15 de julio de 1801 se logró un acuerdo, firmado el día siguiente pero promulgado definitivamente por Napoleón sólo el 15 de agosto de 1802, bajo el signo de la ramita de olivo. Todos los obispos, jurados y refractarios, tuvieron que renunciar: a los nuevos los nombró el Cónsul, mientras el Papa los instituía de acuerdo con las reglas canónicas. Se formó así una jerarquía mixta elegida entre todos los "partidos". Se evitó el altar, y frente al consejo de Estado se expusieron claramente las consideraciones sociales relativas al

hecho: "La religión vincula al cielo con una idea igualitaria que impide que el rico sea masacrado por el pobre". Surgió así la Iglesia de Estado galicana (iglesia católica francesa), sin el reembolso de los bienes secuestrados, sin legítimas exenciones ni atribuciones civiles; política y escuelas le fueron interdictas: en esencia, un clero consolidado y limitado en la revolución burguesa, consolidada y limitada. El déspota iluminado imprimió su sello con el añadido unilateral de "artículos orgánicos" que disciplinaban a los funcionarios del clero, pagados por el Estado, desde el plan de sus estudios en el seminario hasta el ejercicio de su ministerio: cerrojo contra los curas "francamente demócratas si se los abandona a ellos mismos".

La oposición, sin base masiva, después del fracaso de una "máquina infernal" en la calle St. Nicaise en diciembre de 1800, se retiró en una fronda intelectual o permaneció en la clandestinidad entre los bandidos de Cadoudal. Los resultados hablaban en favor y no en contra del Consulado. Mientras tanto en el exterior se pensaba en una tregua, pero no en un "compromiso" con la subversión y sus exponentes. Tanto peor para Bonaparte si su peso aplastaba a los vecinos, si su "hegemonía" pendía sobre los tronos como una espada de Damocles. Prisionero de su propio vertiginoso ascenso, él mismo decía: "Un gobierno como el nuestro necesita, para consolidarse, deslumbrar y sorprender. Debe ser el primero o sucumbir." Francia debía descontar ya las consecuencias que derivaban de la debilidad institucional del usurpador. Es indudable: los perros, en tanto pudieran, habrían perseguido a muerte también una república sin Bonaparte. De todos modos el Cónsul provocaba, mediante una política de fuerza que comprometía alternativas, en todo caso de difícil realización. Actuaba en forma intimidatoria, pretendiendo "establecer el orden" tanto en Europa como en su propia casa, sin garantizar un *statu quo*, sino aprovechando la ocasión para cosechar premios fácilmente conquistables (al grito de: ¡la bolsa o la vida!).

No le bastó revelar —al rebautizar la República Cisalpina con el nombre de República Italiana, en enero de 1802— una idea incómoda o bien un apetito igualmente incómodo; la asoció a Francia mediante una unión personal y real. Anexó Parma, Elba y Piamonte; extendió su dominio sobre Luca y sobre "Etruria"; el "Acta de Mediación" del 19 de febrero de 1803 hizo añicos la República Helvética de 1798, sobre los elementos democráticos de la cual Pestalozzi, el más ilustre pedagogo del mundo, había depositado todas sus esperanzas. Una oligarquía cantonal restaurada, unió Suiza directamente con Francia, envolviendo al poder central, que debía garantizar tan solo a un contingente militar auxiliar: una alianza de liebres con la zorra. En Alemania, el "Comité central de la diputación del Imperio" *amontonó* en un curioso mosaico unos cuantos países y amplió los Estados centrales con exclusión de Prusia, obligándose ante el dispensador de despojos, Bonaparte (25 de febrero de 1803).

Inglaterra interrumpió la ejecución de las cláusulas del tratado. ¿No habría procedido mejor Bonaparte ignorando elegantemente el hecho, dado que él también se había manchado con la misma culpa? El cuñado Leclerc atrajo a una vil emboscada en Haití al gran jefe negro Toussaint L'Ouverture; los insurrectos parecieron someterse y así fue restablecida la esclavitud. La desembocadura del Misisipí, cedida por España en 1797, autorizaba a aventuras coloniales: el Cónsul quiso anexar las posesiones holandesas a las francesas. Brune negociaba tratativas en Constantinopla para restablecer la tradicional amistad, Sebastiani inspeccionaba Siria y Egipto. Pero, ¿bastaban cinco míseras factorías en el Dekan para "establecer comandos supremos en la India"? ¿Por qué razón las tarifas aduaneras del "año XI" (1803) gravaban ostensiblemente las mercancías coloniales y el algodón con tasas prohibitivas?

Bonaparte dedicó enérgicos cuidados a la defensa del más débil sistema económico francés, a la preparación de un "proyecto para la construcción de caminos y canales", a la reconstrucción de su industria manufacturera y al balance de pagos. Situado entre los intereses de la burguesía francesa, y los de la británica, optó naturalmente por los primeros. Pero si la paz había de costarle a Inglaterra más que la guerra que, por lo demás le permitía paralizar el comercio marítimo y la navegación de Francia, la misma era también perjudicial para todos aquellos que en la isla "llevaban sombrero en la cabeza". Fue entonces que, después de un inútil intercambio de notas, el 20 de mayo de 1803 estalló nuevamente la guerra. A Bonaparte no se le había escapado, cuando vendió la Luisiana a los Estados Unidos, que esa tierra no podía ser defendida, y Haití, sin interpelación alguna, se separó de nuevo de Francia en 1804.

El curso de la guerra restableció todo en el punto de partida. El pesimismo de Jacques Roux, según el cual a Francia le esperaban quizás "veinte años de guerra", había sido burlado el 25 de junio de 1793, pero Bonaparte hizo sus cálculos a largo plazo, de igual modo que el "predicador de los sans-culottes". Estos no le agradaban, pero venían al encuentro de algunas de sus aspiraciones. Un ejército como el suyo debía emplearse para cubrir los puntos descoloridos del bien público, las limitaciones de la libertad y los déficit sociales. Los triunfos tenían que rejuvenecer de tanto en tanto su prestigio.

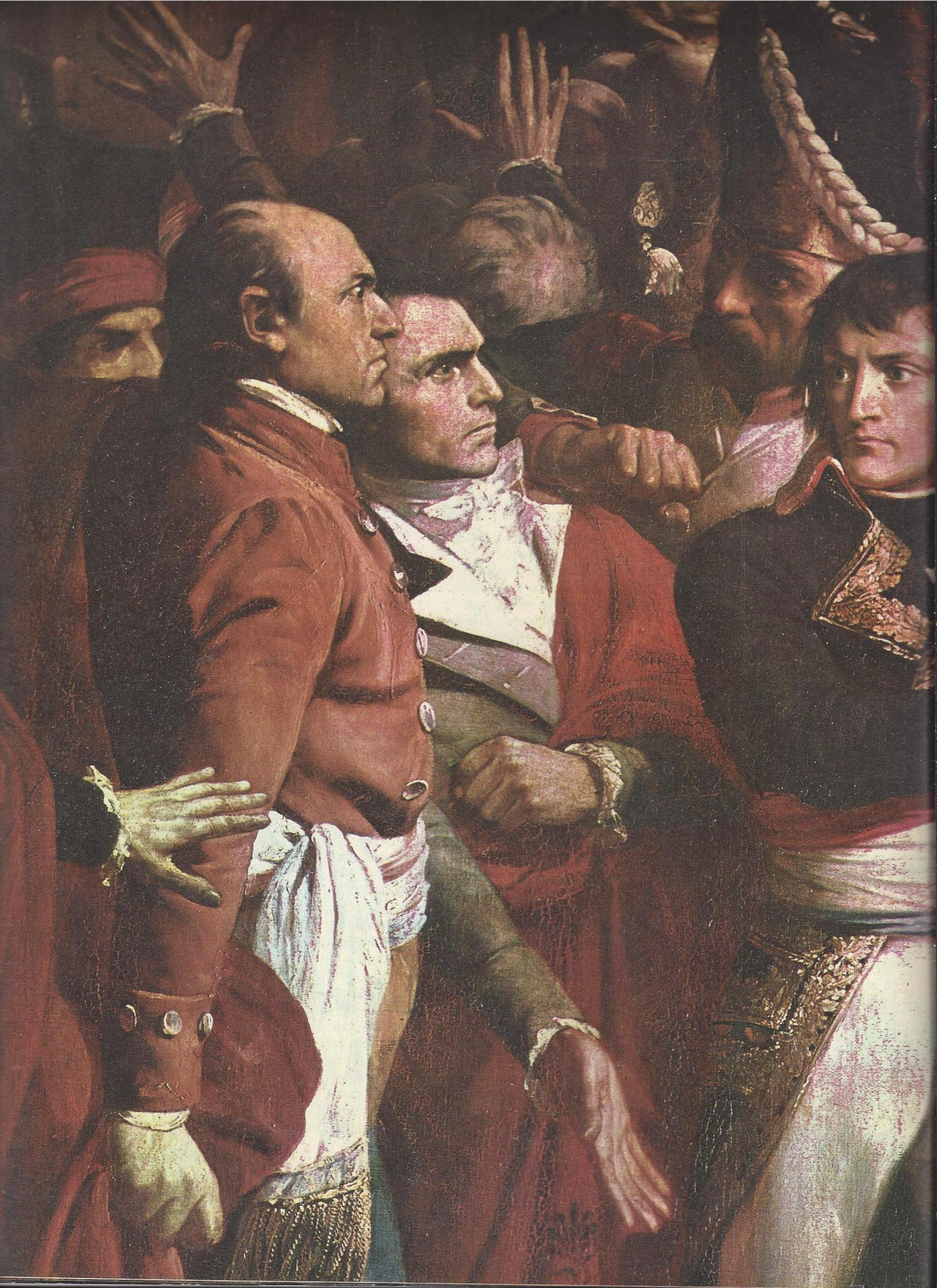
La amenaza a la nación proveía argumen-

1. Napoleón. Caricatura del siglo XIX. París, B. N. (Snark).

En las páginas centrales:
El 18 Brumario, *de F. Bouchot, 1840. Versalles, Museo del Castillo* (Snark).



1





tos para consolidar ulteriormente el poder supremo. En efecto, ¿qué es lo que hubiera ocurrido si Bonaparte hubiera caído, en una batalla o víctima de un asesinato por parte de los realistas, que Cadoudal tramaba con el oro británico y para cuya ejecución logró adherir a su plan a los generales Pichegru y Moreau? ¿Se estaba de nuevo en la búsqueda de una institución?

Fouché desbarató el complot y aconsejó, junto con Talleyrand, raptar del otro lado de la frontera al duque de Enghien, cuya complicidad, por lo demás, se dedujo por un malentendido. Éste fue fusilado, lo mismo que después de él, lo fue el legendario "chuan" Cadoudal, en medio del horror de los realistas, pero con el consenso de los "antiguos terroristas". La conjuración violenta cesó durante muchos años. Por el contrario, semejante precedente aceleró la constitución de un vértice político "definitivo", es decir, de una dignidad imperial que consintiera negar la continuidad con los "reyes de Francia" y que uniera su cualidad superior con la pretensión de dominar a Occidente.

Carnot se opuso dignamente: el dominio de un solo hombre no podía garantizar estabilidad y tranquilidad, ni habría sido justa recompensa para un burgués que restablecía la libertad política, el sacrificio de esa misma libertad.

Semejantes voces tenían su peso, pero no contaban. La "Constitución del año XII" fue aprobada mediante un nuevo plesbicito de tres millones y medio de electores contra tres mil: el 2 de diciembre de 1804 Napoleón I ciñó con sus propias manos la corona en Nôtre-Dame, en presencia del Papa.

El Emperador

El título imperial, como lógica culminación de una carrera, había brotado no de teoremas, sino de la misma fuerza de las cosas. ¿Hacia que otra conclusión hubiera podido llegarse a largo plazo, según la idea de Napoleón, con él y Francia en pareja? Las palabras dirigidas a su hermano José: "¡Si nuestro padre pudiera vernos ahora!", revelan mucho menos al arribista que al amor filial, de parentesco, que transfigura la imagen de quien ha muerto prematuramente y que no logra abrir brecha en el corazón de una madre dura y escéptica. *Ella* no asistió ni siquiera una vez al espectáculo. Aceptado por muchos, aunque sin entusiasmo, como prenda para disfrutar de la victoria, representa para algunos una ulterior barrera antiborbónica: un emperador de los burgueses, de los campesinos y de los soldados. A pesar de que es denigrado por los soberanos de Europa como profanador del trono —desgraciadamente incontrastado—, la monarquía, sin embargo, se extiende con él: una "dinastía imperial" que necesita ávidamente de la dote. Una nobleza "imperial" a crear *ex novo* junto a la nobleza pasada, ahora rehabilitada; un ceremonial de corte, tomado en préstamo a Baviera; una orden: la Legión de Honor. Un estilo *imperio*, por lo demás no despreciable: el Arco de Triunfo. Mecenismo para los clásicos "serios" del teatro, "grandioso" material épico en la literatura, grandes cáscaras en la pintura histórica: ascensión de Horace Vernet. Beethoven retira la dedicatoria de la *Heroica* a Bonaparte.

En sus formas, sin embargo, continúa existiendo la República, y François de Neufchâteau lo reafirma *dos veces* en su augurio a Napoleón I. La República todavía mantiene con vida, antes aún de que el calendario revolucionario sea enterrado en 1806, hasta una "Constitución del año XII". Sus restos, por lo demás, van cayendo en desuso: el tribunado en 1807, la doble inscripción en las monedas "República Francesa - Napoleón Emperador" en 1808; los derechos del Cuerpo Legislativo se marchitan en 1811.

La máquina del Estado, dados los tiempos, funciona tan suavemente como el aceite, desde la policía secreta hasta "mis prefectos" y "mis obispos", los cuales debían terminar con el "Catecismo Imperial", por más que éste incluyera entre sus diez mandamientos, también el de obediencia a Napoleón. Los protestantes y los hebreos, a quienes el Emperador había garantizado el libre ejercicio de su culto y los derechos civiles, se mostraban reconocidos y dóciles.

El Imperio pretendía obediencia de súbdito —más que orgullo de hombre— frente al trono del soberano: debía inclinarse a la derecha, si no quería caer en contradicción consigo mismo. Fouché habría querido moderar este proceso, pero con gran disgusto de los liberales y alegría de la fronda realista, le era imposible detenerlo. El régimen exigía una Europa pacificada, y luego, en última instancia, francesa: "Sólo la conquista puede mantenerme". Pero de esta manera obligó a los adversarios a armarse poderosamente hasta que Napoleón no estuviera saciado, cosa que sólo podía ocurrir sobre sus ruinas; a riesgo de la propia existencia, debían jugar la partida. Por otra parte, Napoleón podía rechazarlos sólo avanzando. Si en 1804 hubiera pensado en un compromiso, conformándose con los "confines naturales" y con "repúblicas afiliadas" transformadas en reinos para sus hermanos (cosa que, por indeciso, no hizo), ninguna gran potencia lo hubiera aceptado.

Para aniquilar a Inglaterra concentró tropas seleccionadas en Boulogne, el futuro gran ejército imperial, comprendido el nervio del mismo, su guardia; y las adiestró con severos ejercicios y con chalupas en previsión de desembarcos. Una fecha para la invasión había sido prevista en febrero de 1805, teniendo en cuenta las complicadas operaciones navales que debían arrastrar a la flota inglesa fuera del canal.

Pero una vez llegado el momento, ¿habría osado Napoleón el salto? No perfeccionó su plan, confiando en la inspiración del momento decisivo. Mientras tanto, Inglaterra presidía el bautismo de una tercera coalición con Rusia y Austria, a mediados de junio, antes aún del día fijado. El Emperador tuvo que actuar, levantó su campo y se arrojó a su primera empresa alemana.

Fue la más brillante de sus campañas. Los austríacos habían descubierto sus cartas sin esperar que se aproximaran los rusos. Napoleón los batió en Elchingen y los obligó a rendirse en Ulm. El camino para llegar al corazón de la monarquía danubiana estaba ya libre, y en el aniversario de su coronación, aniquiló el ejército del zar en Austerlitz, en Moravia. Francisco II perdió a raíz de la paz de Presburgo, Venecia en Italia y el Tirol en Baviera. La "Confederación del Rin", formada por los príncipes alemanes, pidió el protectorado de Napoleón. El Habsburgo tuvo que deponer necesariamente la corona del Sagrado Imperio Romano, pasado a otra vida en 1806, y se retiró a Austria.

Pero un revés turbó ahora la fortuna de Napoleón. El infaltable Nelson había combatido el 21 de octubre contra una poderosa escuadra franco-española en Trafalgar, y la había aniquilado. El héroe del mar cayó en la lucha, y Nápoles, que había adherido a la coalición, fue ocupada como movimiento de respuesta de los franceses, mientras el segundo heredero borbónico fue expulsado a Sicilia. La batalla de Trafalgar, sin embargo, además de volver invulnerable a Inglaterra, cerró a Francia los siete mares. Dondequiera hubiera agua, allí estaban los ingleses, y esto se prolongó durante todo un siglo. Lo que sirvió para compensar ampliamente Austerlitz.

Por otra parte, la guerra se desarrollaba aún en el continente. Napoleón había seducido a Prusia con la "cesión" de Hanover, y los Hohenzollern se habían recuperado con el patrimonio de los nobles. La Confederación del Rin y el fracaso austríaco los habían vuelto, sin embargo, vacilantes: de improviso sintieron llover encima las órdenes de París. Sobrevalorando el desfile del cambio de guardia en Potsdam, pactaron con Rusia, Inglaterra y Suecia una cuarta coalición.

El emperador y Davout, quizás más rápidos aún que el año anterior, los despedazaron el 14 de octubre de 1806 en la doble batalla de Jena y de Auerstädt. El ejército de Federico III se disolvió bajo los golpes de sus perseguidores y las fuerzas, presas del pánico, se rindieron. Federico Guillermo III huyó a Memel bajo la protección del zar Alejandro, mientras los franceses avanzaban hacia el Vístula, acogidos en-

tusiastamente en Varsovia por los patriotas polacos.

Todavía quedaban los verdaderos grandes "inasibles". Contra Inglaterra, Napoleón lanzó desde Berlín, en el mes de noviembre, el "bloqueo continental": nueva edición de las medidas con que la Convención había tratado ya de horadar el nervio más sensible del imperio británico, es decir, sus beneficios comerciales. Con la diferencia de que para el reino insular se avecinaba ahora un peligro: el Emperador impondrá su ley a toda Europa. Un arma de doble filo, naturalmente: no lo hubieran seguido con ganas ni siquiera sus satélites, para los cuales aquélla habría significado una herida en su propia carne.

También Rusia, que representaba siempre una sombra amenazadora, puso en fuga a Napoleón desde sus cuarteles de invierno, obligándolo a una sanguinaria y por demás incierta batalla en Eylau en febrero de 1807: ¡un mal presagio sobre la nieve! Sólo en la primavera, quiebra a Alejandro en Friedland el 14 de junio.

Se ahorró la continuación de la guerra. El zar tuvo bastante, y un encuentro con Napoleón le indujo a cambiar de opinión. Éste sugirió, en efecto, un condominio —en consideración de que no era prudente correr sin tregua en dos direcciones. Un emperador de Occidente y uno de Oriente: si lograban el acuerdo, se bebían de un trago a Londres, y para ambos potentados habría habido suficiente botín en Europa. Se repitió así "la inversión de las coaliciones" de 1800. La paz de Tilsit arrojó a Prusia más allá del Elba. Napoleón trazó una raya sobre la reconstitución de Polonia y se limitó a dar un "gran ducado de Varsovia" al rey de Sajonia, miembro de la Confederación del Rin. Francia y Rusia se hicieron aliadas.

El sol de Bonaparte y el activo de sus acciones se aproximaba al apogeo. ¿Cuál? ¿El de un imperio carolingio, con la impronta de la burguesía francesa cuya prepotencia mantuvo prisionero por tiempo indeterminado a su más joven socio oriental y que terminó por empujar a Albión a la bancarrota? ¿Qué podía ofrecer a los pueblos el conquistador para mantenerlos dóciles, o para que sintieran el gusto de *su* nuevo orden?

La revolución cambia sus banderas

Napoleón había vencido en su primer "round" imperial, derrotado separadamente a las tres potencias continentales y despedazado dos coaliciones. José era rey de Nápoles, Luis rey de Holanda y Jerónimo el "alegre rey" de Westfalia. Elisa "gobernaba" Florencia, Paulina a Luca, el hijastro Beauharnais era virrey de Milán. El tío Fesch fue ungido cardenal y, si en Toscana un Bonaparte rehusaba por humildad cambiar la parroquia de campaña por la silla episcopal, no había que culparlo sino a sí mismo.

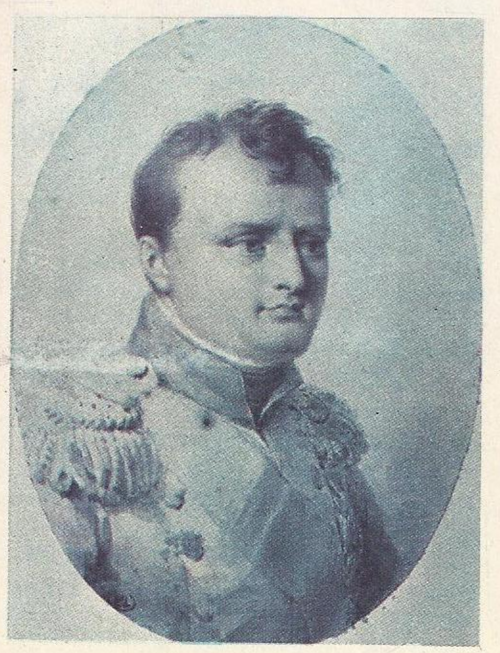
El *árbitro del mundo* se hace más gordo y más flojo. Tanto en la misa como en la ópera no puede dominar de tanto en tanto un sueñecito. Lo atormentan descomposturas de estómago y frecuentes resfriados. Tiene algunos asuntos amorosos en los que por lo menos, una vez quizás, su corazón tomó parte con interés. Ya no hay nada beethoveniano en el rostro aceitunado, endurecido y lampiño. Su firma se reduce a una única "N" ondulada y firme, índice de una imperturbable desenvoltura. Su tiranía, a veces mezquina, no es sin embargo malvada, y huye de la megalomanía del dictador. Faltan empero al Emperador concepciones de verdadero estadista. Que la mayor parte de sus acciones tenga éxito ya no significa mucho, y su "gran propósito" no es otra cosa que una embriagante improvisación. Llegado a tanta altura, se le va la mano. No es la insaciabilidad lo que lo arrastra cada vez más hacia adelante: depende de las consecuencias de la cabalgada más allá del lago Costanza. No es él quien crea las situaciones: éstas son las que le obligan a forzarlas.

Desarraiga la feudalidad, y por dondequiera le lleven sus banderas, derrota dinastías donde y como le guste. Se siente como el ejecutor, el realizador —y el beneficiario— de una transformación: y no olvida sus orígenes, aunque procura ocultarlos. La entrada en el club de los Exclusivos lleva consigo una fatal regresión, refuerza su desprecio por los intereses y los sentimientos de todos los pueblos. Su arte militar permanece atado a la estrategia aniquiladora, y desde el punto de vista táctico, a la concentración móvil de la artillería. Disponiendo ampliamente de cuadros bien adiestrados, tiende al hundimiento del centro en el campo de batalla, y renunciando a las sutilezas apunta a una patada definitiva. Consciente de la debilidad de la caballería, mejora la remonta y el adiestramiento. En cambio, la técnica de las armas ha quedado atrasada en los cañones Gribeauval y en los fusiles de la época de la revolución. El Emperador demuestra también incomprensión ante los sensacionales viajes inaugurales de Fulton en submarino y en buque a vapor, y lo despide a su patria americana: no perfecciona el telégrafo óptimo de Chappe ni utiliza el globo.

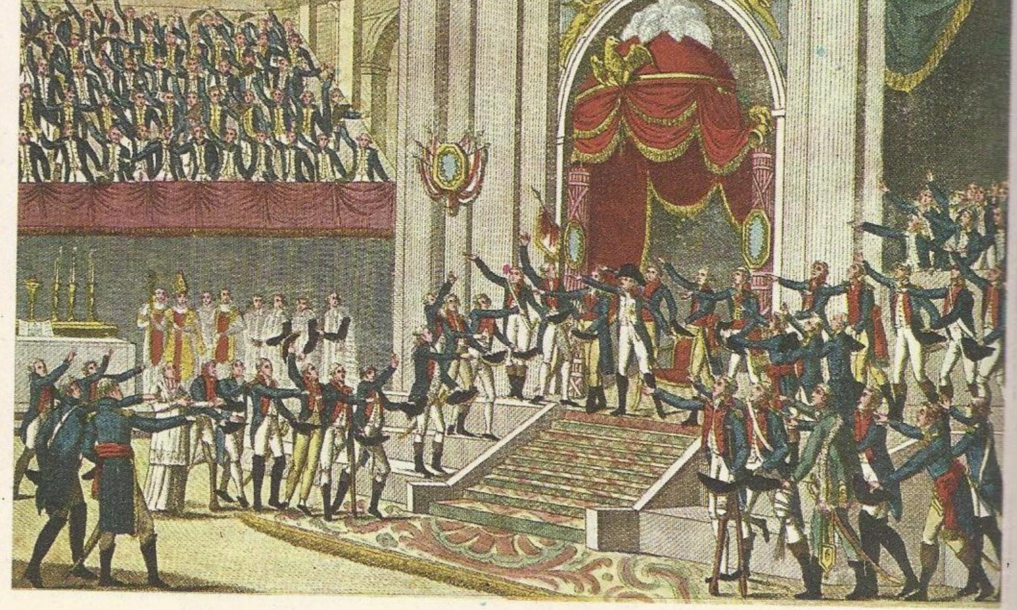
El bloqueo continental protege el desarrollo de las industrias. ¿Acaso toma en serio el dicho de Cambon de que la superioridad de los ingleses consiste en que trabajan con las máquinas, mientras que los franceses "hacían todas las cosas a mano"? Chaptal y Berthollet tratan de llevar a cabo la transformación. Para el desarrollo del modo de producción capitalista sirven las exposiciones industriales y un ministerio especial para el comercio y la manufactura: buenas perspectivas para los Périer, Oberkampf, de Wendel, para el telar de Jacquard y para la fábrica de azúcar de remolacha de Passy. Para conformar a los franceses, Napoleón debía otorgar muchas más preferencias, en cuanto que la guerra económica les infligía no menos daños a ellos que a los ingleses. "Primero que todo, mis campesinos", significaba descargar el peso sobre Italia y Alemania. El Emperador ordenó a sus hermanos salvaguardar desde sus tronos el interés de Francia, y les impuso tributos y reclutas.

¿Fue un gran beneficio que el único emporio principal del comercio británico —que entraba en Francia por caminos secretos a través de España— fuera clausurado, el 30 de noviembre de 1807 con la conquista de Lisboa? O más bien ¿tenía ya Napoleón el pensamiento secreto de utilizar el derecho de tránsito a través de Portugal y eliminar a los Borbones también en Madrid, aunque éstos hubieran apoyado con despreciable servilismo primero a la República y después a él mismo? Un conflicto dinástico entre Carlos IV y el príncipe heredero Fernando permitió al emperador, en mayo de 1808, inducir a ambos a encontrarse en Bayona y renunciar al trono, designando rey a José (sustituído en Nápoles por el cuñado Murat). Pero ocurrió un hecho imprevisto: España no aceptó a los "Josefinos". El 6 de junio, reunida en Sevilla, una Junta declaró la guerra a Francia y puso en difícil situación al disperso cuerpo francés. El 22 de julio Dumont se rindió en Bailén y el 30 de agosto hizo lo propio Junot en Cintra, con los ingleses desembarcados a las órdenes de Wellesley (Pukka Sahib). Napoleón interpretó mal el alcance mundial del hecho. ¿Qué importancia podían tener esos guerrilleros o ese cuerpo de expedición para un Imperio, que desde los Pirineos hasta el mar Ochotsk sólo conocía súbditos o aliados y que recientemente, en el Congreso de Erfurt, había desplegado su impresionante esplendor? Talma recitaba "frente a una platea de reyes" que contaban poco más que los reyes de las cartas. Napoleón se hizo convalidar por Alejandro la conquista de España, como contrapartida de Suecia. Con Goethe se entendía magníficamente: "He aquí un hombre". El consejero de Weimar llevó con orgullo la orden del Emperador. Sin embargo, no todos los alemanes, como Hegel, estaban de acuerdo con su gran genio en el juicio del *Resumen del mundo*. Enérgicos reformadores prusianos, como el barón von Stein, los militares Scharnhorst y Gneisenau, los kantianos de Königsberg, habían sacado provecho de la derrota. El romanticismo comenzó a tender en política una red hostil al Emperador y el antiguo jacobino Fichte dirigió inflamados *Discursos a la nación alemana*, mientras en Italia nacía clandestinamente la sociedad secreta de los carbonarios, desde que, en 1806, las

1



2



3

1. *Espectáculo de fuegos artificiales con motivo de la coronación de Napoleón. París, Biblioteca del Arsenal* (Snark).

2. Napoleón I, *de Isabey. París,* B. N. *Gabinete de los Dibujos* (Snark).

3. *Juramento de los miembros de la Legión de Honor. Ilustración del siglo XIX. París,* B. N. (Snark).

4. La distribución de las águilas, *de David, 1810 (det.) Castillo de Versalles* (Snark).



bandas de *fra'Diavolo* se habían sublevado en Calabria, bajo el signo de la cruz, contra los franceses.

Napoleón adormeció las dudas nacientes con medios convencionales: el 5 de noviembre se trasladó a España y el 4 de diciembre estaba en Madrid. ¿Qué significado podía tener una capital ocupada, en una guerra popular que soldados y guerrilleros proseguían con valentía indomable? El retrato de Palafox, defensor de Zaragoza, adornaba las paredes de las habitaciones de muchos patriotas de Europa.

La guerra, que se había estancado, tendrá consecuencias de gran alcance: la separación de las colonias y el nacimiento de América Latina. Los alemanes, sin embargo, fueron los primeros en mostrar signos de inquietud. El Emperador reaccionó "administrativamente", y obligó a Guillermo Federico III a despedir a Stein. Él mismo alejó, pero no mucho, al campeón del doble juego, esas "calzas de seda rellenas de mierda" de Talleyrand. Pero no pudo impedir el rearme de Austria: tuvo que ponerse en marcha, mientras a derecha e izquierda del camino brillaban las llamas de la revuelta.

La campaña de 1809 demuestra la creciente precipitación de Napoleón. Después de haber eludido, con una maniobra, al enemigo en Ratisbona, llegó a Viena sin dificultades; pero al forzar el paso del Danubio antes de haber podido trasbordar los cañones pesados, fue derrotado en Aspern y en Essling el 21 y 22 de mayo. Pocas semanas después se tomaba la revancha en Wagram, por más que su aureola experimentara daño: ¡Júpiter vulnerable en su propia persona!

Alemania no era España: las insurrecciones se quebrantaban y Austria, con la paz de Schönbrunn tuvo que renunciar a Iliria y a Cracovia. Wellesley, vencedor en Talavera y actual Lord Wellington, es rechazado a sus posiciones de partida, en Portugal. Mientras Inglaterra se agobiaba bajo el peso que debía soportar casi sola, Napoleón "embellecía" la carta geográfica de Europa. Los años de 1810 a 1811 parecen, por lo tanto, los del apogeo del Imperio. Sin muchos discursos se había anexado la Toscana y el Estado de la Iglesia; en 1810 había quitado a su insubordinado hermano el territorio de Holanda, "terreno aluvional de los ríos franceses", tal como rezaba su geografía de buen tirano. La costa alemana del Mar del Norte fue incorporada con el agregado de Lubeck, ventana sobre el Báltico. Los pueblos forzadamente franceses no se atrevían a oponer resistencia, pero también en Francia, Napoleón, con la extensión de los "confines naturales", se había hecho de muy pocos amigos. Se estaba acostumbrando a los éxitos "baratos", que ya no reportaban ventaja alguna. Agréguese la angustia de quienes seguían marchando sobre la cresta de un continente unido tan sólo con la fuerza, angustia de precipitarse junto con Francia al abismo, si "él" moría sin herederos reconocidos. Los Borbones de "izquierda" buscaban un camino de salida. La separación de Josefina de la que no había tenido hijos —y el emparentamiento con una de las grandes cortes—, por más que halagasen al *hombre nuevo*, correspondían a sus cálculos. Mientras el zar vacilaba en comprometerse en un vínculo familiar, el ministro Metternich vio la buena ocasión para los más míseros Habsburgo de ascender, a través del lecho matrimonial de Napoleón, al concierto de las grandes potencias, y el 2 de abril de 1810 le fue concedida como esposa, María Luisa.

¡Una biznieta de "Madame Veto" en el trono de Francia! Los parisienses comentaron: "El general Vendimiario dio preferencia a una cortesana seis años más vieja que él, pero el Emperador de cuarenta años prefirió una virgen de dieciocho!" El motivo no era éste, pero el esposo demostró buen gusto y acaso le gustaba demasiado también su segunda esposa. Abandonó a María Walewska que lo quería de verdad y era madre de su segundo hijo ilegítimo. De todos modos, el 26 de marzo de 1811 vino al mundo un grácil "rey de Roma". Es todavía difícil echar agua al vino dinástico. Cuando el zorro Fouché decía, aludiendo al Emperador, que el suplicio de Luis XVI había sido el primer servicio prestado por él a Su Majestad, había en sus palabras un tanto de verdad. Había pasado poco tiempo del despido del último mohicano jacobino y ya Napoleón hablaba del Capeto como de "mi pobre tío". El avance de la aristocracia de la restauración en una corte "depurada" por la princesa, privó al Emperador del favor de gran parte de la opinión pública; mientras, los dados estaban echados...

La plaga española no concluía. Massena, que había rechazado a Wellington más allá de las trincheras de Torres Vedras, quedó bloqueado y tuvo que retirarse en marzo de 1811 sin haber obtenido nada. No podía acercarse ni a la regencia adversaria de Cádiz, ni a los inaccesibles refugios de la guerrilla en las montañas. Los puertos de tres mares eran accesibles a la ayuda inglesa. La lucha hermanó a los nobles, al clero y a los campesinos con los liberales de las Cortes, que contraponían a los franceses las voces de orden de su propia revolución, identificando idealmente la expulsión de los mismos con el renacimiento de España. ¿Qué podían hacer contra su frente unitario las buenas leyes de los *afrancesados* contra la Inquisición, el caciquismo y la Mesta? y ¿qué decir del rancio iluminismo burocratizado, importado por el enemigo de la patria y tutelado por sus esbirros? El pueblo era incitado a escupir contra Napoleón "Voltaire, Rousseau, Mirabeau", pero lo que importaba era esto: que, aun bajo dirección reaccionaria, luchaba por su liberación, mientras que Napoleón suprimía las últimas migajas de la herencia revolucionaria por él custodiada, permitiendo a sus adversarios servirse legítimamente de sus principios contra la tiranía y la opresión nacional.

La situación española era precursora de un acontecimiento mucho más sensacional, consecuencia de la ruptura entre Napoleón y el zar.

Se había detenido en las orillas del Neva, porque presentía la calamidad de una campaña en Rusia. Permitió conquistas en Finlandia, Cáucaso y —más condicionalmente— en los principados danubianos. Al príncipe de Oldenburgo, primo desposeído del zar, le ofreció una compensación. Naturalmente no pudo menos que reservar para sí los Estrechos (demasiado imprudente al no ceder a Inglaterra su defensa) y sacrificar, en caso de necesidad, el gran ducado de Varsovia.

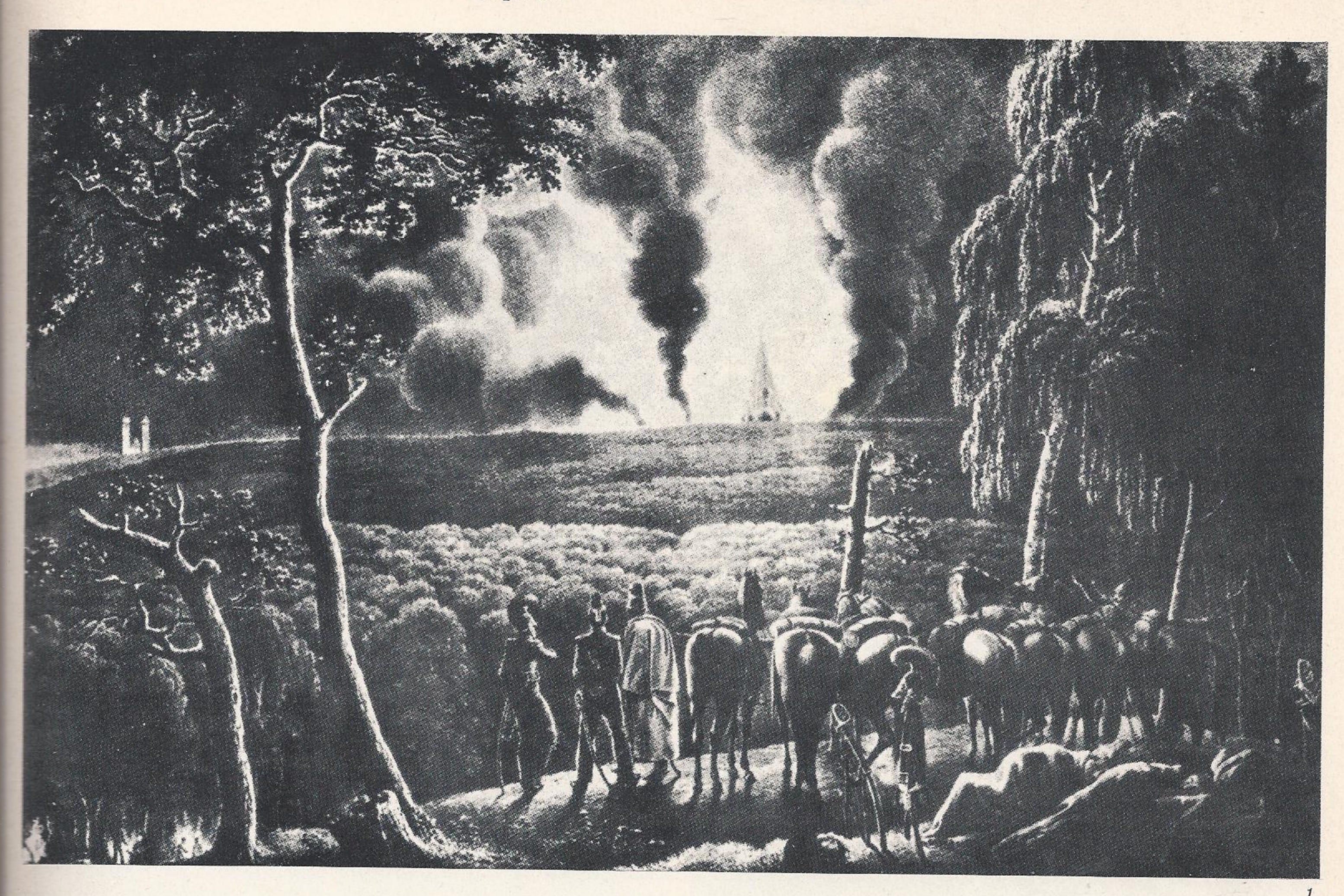
Rusia atenuó el rigor del bloqueo continental contrariamente a los compromisos asumidos en Tilsit y Erfurt. No solamente porque el comercio con Inglaterra —que ya no podía dictar condiciones— se había hecho provechoso; para Petersburgo se trataba de conservar la recuperada libertad de decisión entre la mayor potencia terrestre y la mayor potencia marítima. La unión con Francia había fructificado algo; en 1811 hacía prever sólo mayores resentimientos. Alejandro no quería la guerra, pero podía empujar al adversario a ella. El haber asumido esta responsabilidad puede considerarse como su riesgo histórico.

Napoleón pensó mantenerse, incluso hasta en cuestiones de detalle. El *self-made-man* no creía poder permitírselo: consentir el primer chantaje significaba provocar consecuencias incalculables. ¿Valía la pena? Aun considerando posible una guerra trienal, se hacía mecánicamente estas cuentas: ¿quién resistiría a los 600.000 hombres del "gran ejército"?

Después de haber decidido en ese sentido, actuó rápidamente, como era su costumbre. El 8 de febrero de 1812 lanzó la orden para el alistamiento: el 24 impuso un tratado militar a Prusia y el 14 de marzo a Austria. Durante toda la primavera, la mescolanza étnica de sus divisiones —en su mayoría "pueblos auxiliares" no franceses— se propagó hacia Oriente. El 23 de junio cruzaba el Niemen.

1812

Si Napoleón hubiera alcanzado el objetivo de paralizar militar y políticamente al imperio zarista, la potencia marítima habría perdido su última jugada continental, y el imperio francés hubiera podido considerarse en la meta. Inglaterra, en su objetivo, apuntó a una "solución final": la caída de Napoleón. La vastedad del territorio ruso se convirtió al mismo tiempo en la



1

última esperanza de la reacción feudal internacional y de la resistencia patriótica. Los desterrados de ambas partes encontraron su refugio en la corte de Petersburgo: Stein, Clausewitz y Arndt, como De Maistre y Pozzo di Borgo. Scharnhorst en Viena y Moreau en América, esperaban la hora de su revancha.

Todo el exterior estaba informado a través de miles de canales del malestar reinante en París. La "Francia de los 70 millones" atravesaba *los años difíciles,* en contraste con la pomposa falsedad de su gobierno y del "Moniteur" que este último controlaba. París contaba a la sazón con 20.000 desocupados. A la crisis de la industria textil, que sufría la carencia de algodón como consecuencia del bloqueo, se agregaron las malas cosechas de 1810-1811; el mercado negro sufría por la competencia de las licencias gubernativas de importación y la desfavorable marcha de los negocios inmovilizaba el crédito. Un banquero se lamentaba en estos términos: cuando Colonia se había vuelto francesa contaba con cinco millonarios, y desde entonces, no aumentaron. Pero el descontento de los burgueses alborotaba cada vez más profundamente; éstos estaban demasiado desilusionados como para tener confianza en el aventurerismo imperial. La tutela del rústico artillero podía ser tolerable en tanto abría nuevos mercados. Con la coyuntura de los armamentos podía vivirse bien durante cierto tiempo; pero, a largo plazo, terminaban por prevalecer los efectos no sólo fiscales, sino también los económicos generales de la guerra. ¡Guay al "Omnipotente" si no se hubiera detenido y si finalmente no hubiera perdido!

¿Pero quién, o qué cosa podía sucederle? No, por cierto, la República, por él comprometida, y cuyas posibles bases él había destruido. ¿La oriflama o la bandera con los lirios? De aquí también la vacilación de los demócratas y su miedo a ponerse contra el Imperio. Éstos, no sin escrúpulos, optaban por el mal menor. El activo barrio de St. Antoine, duramente maltratado, no pensaba de manera diversa que el "enojado" Varlet y que los descendientes de Babeuf.

La población rural se mantuvo, en su mayoría, decididamente inclinada del lado del Emperador; éste había conservado para ella lo que la Revolución le había dado. Y sin embargo, ¿cuándo se podía prever el fin de la presión fiscal, de las continuas conscripciones, de los cientos de millares de hijos caídos? Si un frío razonamiento, por parte de los campesinos, los hubiera llevado a la conclusión de que, finalmente —después de tanto tiempo—, nadie tendría la posibilidad de quedarse con su tierra, cualquier cosa que hubiera ocurrido los habría dejado indiferentes. Pero en la provincia, con la reciente nobleza imperial y con los nuevos ricos que invertían capi-

1. *Faber du Fauer,* Frente a Smolensk, 1812, *París, B. N., Gabinete de Estampas* (Snark).

tales en las tierras, junto a las viejas grandes propiedades, ¿no se difundían como hongos, también las nuevas?
Con la curia pontificia había estallado un conflicto. Fracasó un concilio nacional. Ni el tío Fesch ni la madre Leticia estaban dispuestos a alinearse contra el jefe supremo de la Iglesia, y el Papa, por su parte, no podía perdonar la ocupación de Roma. Desterrado en Savona, y más tarde en Fontainebleau, bloqueó una "enmienda" al Concordato auspiciado por Napoleón. Éste se lamentó elocuentemente del "italiano huidizo e intrigante"; era el último en sorprenderse si un "compatriota" —en consideración de la variable situación mundial— oponía un loco a un loco y medio.
La profundidad de la oposición cultural no debe exagerarse. Incluso vigilada por la censura, trataba —sembrando dudas asediantes— de hacer sentir su peso político en los salones y en todas partes: una Germaine de Staël, relegada, evadida del apacible exilio de Copet y refugiada bajo las alas protectores de Alejandro, como representante de la monarquía liberal, y un Chateaubriand, como legitimista clerical. Los *Caballeros de la Fe*, fanáticos intransigentes, alentaban la esperanza —en ese 1812 como en el año 1792— de la caída de Francia por obra de la intervención de alguna potencia extranjera: "Se convirtieron en lacayos para poder seguir siendo tiranos" (Béranger, *Canto de los cosacos*). Para los pueblos sobre los cuales pesaba el puño del conquistador, el peor de los gobiernos nacionales les parecía mejor que ese dominio extranjero que los explotaba, humillándolos. Los progresistas se dejaban llevar por la esperanza de transformar, mediante su participación activa en la obra de liberación, incluso a un mal gobierno. Contra Napoleón estaban acordes las Cortes liberales que en 1812 proclamaron en Cádiz su constitución, y el orden español prohibido por los Josefinos. Carbonarios y cardenales; demócratas ingleses desilusionados y *tories;* Schlegel, Görres y Gentz con la super-reacción de los Habsburgos. Cabezas calenturientas de la "liga de la virtud" con la nobleza inmobiliaria del otro lado del Elba. Kleist destila un odio ilimitado: "¡Matadlo! ¡El juicio universal no os pedirá cuentas!".

La aspiración del zar, requerido por Inglaterra y los desterrados en el comienzo de las hostilidades, si bien siempre en la defensiva, no llegaba a ese punto; se alió con Suecia, que todavía combatía en 1809 y cuyo príncipe hereditario, Bernardotte saldaba una cuenta con Napoleón —cuenta que también era de carácter personal—, y puso fin, en mayo de 1812, a una guerra quinquenal contra Turquía, justo a tiempo para disponer libremente de su ejército del sud. La inmensidad del espacio "devorador de hombres" debía compensar —no obstante— la persistente inferioridad numérica. El plan de guerra preveía evitar la batalla y atraer al enemigo hacia el interior del país. Napoleón tiene el presentimiento del peligro, piensa detenerse en el momento justo, pero después se deja arrastrar hacia el desastre. En Smolensk, donde por primera vez consigue comprometer al grueso del ejército enemigo, no han quedado —de una poderosa fuerza— más que 200.000 hombres. Cuando se llega finalmente a la ansiada batalla de Borodino el 7 de setiembre, solamente dispone ya de 140.000 hombres, y en Moscú el "vencedor" entra con sólo 90.000. En este punto, no bien Alejandro rehúsa pactar, ha perdido ya la guerra. ¿Qué puede hacer en el Kremlin, a 1600 millas de París, sin un preciso objetivo operativo? Frente al invierno que todo lo envuelve, se siente como en una voluntaria prisión. La Némesis, después de la inútil premonición sobre el Mur y en el Nilo, ¿salda las cuentas con su "Hybris"?

Después que Napoleón, con el olor en sus narices de las ciudades quemadas, desperdicia un mes fatal a la espera de que se aceptacen sus ofertas, no le queda más recurso que dar la señal de retirada —el 19 de octubre— sin seguros caminos de regreso. Pero Kutuzov le arrebata la iniciativa desviándose de Borodino, juntando refuerzos y cortándole inexorablemente la marcha hacia el sur. Atacada por las oleadas de asaltos de la caballería ligera y por los campesinos-guerrilleros a lo largo de los profundos flancos sin protección, la caída corre hacia la catástrofe. El gran ejército, compuesto en su mayor parte de meridionales, al comenzar las tempestades de nieve se desmenuza crca de los depósitos generalmente destruidos o saqueados, reduciéndose a un cortejo fúnebre agotado y desordenado. Españoles, suizos, wurtemburgueses desertan en tropel. Quien no aguanta más y está agotado, se rinde. Napoleón rompe el cerco en el paso de Beresina, a costa del sacrificio de sus equipajes y víveres y de su retaguardia. Y, marchando a pie en medio de la guardia, logra conducir a salvo hasta Vilna sólo unas pocas unidades intactas. El 5 de diciembre abandona el grueso del ejército, ya inútil, y sobre un trineo cubierto se marcha precipitadamente a París.

El golpe del general Malet, producido el 23 de octubre, demostró la inestabilidad de la situación en la ciudad. Con la ayuda de un boletín groseramente falsificado, que anunciaba la muerte del Emperador, Malet instauró en nombre de Moreau un gobierno provisional. A nadie se le ocurrió la idea de que existiese "ese diablito del Rey de Roma". La payasada fracasó pocas horas después —¿casualidad o síntoma?— debido a la indecisión de Hulin, uno de los que habían participado en la toma de la Bastilla. ¿Cómo podía, un exaltado "deshacer el Imperio" sin resistencia, vejar a los prefectos y arrestar al propio ministro de policía?

Francia obedece por el momento al Emperador, pero ya no aguanta más. Después del desastre que acaba de sufrir, no tiene otra alternativa que enrolar a los 300.000 hombres de la guardia nacional y a reclutas no entrenados. El tiempo apremia: Kutuzov no se deja detener por la franja fortificada francesa a lo largo del Oder. El rey de Prusia, que huyó de Berlín a Silesia, cede ante las presiones del partido patriótico y firma una alianza con el zar. En la primavera de 1813 el nuevo ejército prusiano de los reformadores, baja al campo, al lado del ejército ruso.

Con la batalla de Lützen, Napoleón reconquista Sajonia en mayo, y después de la victoria de Bautzen rechaza al enemigo hasta más allá de Breslavia. Pero una tregua concertada por Metternich se traduce en exclusivo beneficio de los preparativos de Austria. Después del triunfo de Wellington en Victoria —el 26 de junio—, los franceses pierden España, y el 12 de agosto el suegro de Napoleón entra a formar parte de la coalición. A pesar de un éxito obtenido en Dresde, el Emperador, después que sus mariscales fueron batidos en los flancos, se ve amenazado por el cerco que tienden las tres columnas que avanzan en forma concéntrica sobre Leipzig. Derrotado en la "batalla de las Naciones" del 16-19 de octubre, deja libre a Alemania. Los príncipes de la Confederación del Rin se separan de él con la misma facilidad con que habían formado su alianza. ¡Sálvese quien pueda! También en Nápoles, Murat toma contactos unilaterales con Gran Bretaña, y Napoleón, ya sin aliados, debe recurrir a los soldados dados de baja y a los muchachos de diecisiete años. Todavía puede contar con la coerción: empréstitos forzosos e incautaciones afectan tanto a los burgueses como a los campesinos. Mientras tanto Inglaterra, por el contrario, inunda el continente con dinero en efectivo, con productos que escasean y con agentes. Son sus *slogans* de propaganda: ¡Wellington frente a Tolosa, los austríacos frente a Lyon! Schwarzenberg y Blücher avanzan a lo largo del Sena y del Marne hacia París.

Napoleón penetra entre las dominantes fuerzas enemigas y ofrece, en la campaña de primavera, las últimas chispas de su portentoso talento: sus adversarios lo han reconocido con respeto. Por una docena de veces logra rechazar a los dos ejércitos enemigos. Pero le faltan las reservas necesarias para un ataque a fondo y para aniquilarlas, al cabo de tantos desplazamientos a lo largo y a lo ancho. Después de las derrotas sufridas en Laón bajo las fuerzas de Blücher, y en Arcis-sur-Aube por las de Schwarzenberg, los coaligados osan dejarlo atrás y, precisamente siguiendo el mejor estilo napoleónico, avanzan sobre la ca-


1


2


3


4


5



1

En la página precedente:
1, 2, 3. Faber du Faur, Moscú 1812. *París, B. N., Gabinete de Estampas* (Snark).

4. La retirada del Gran Ejército, *de Faber du Faur. París, B. N.* (Snark).

5. La retirada del Gran Ejército, *de Nicolás Charlet. Lyon, Museo de Bellas Artes* (Snark).

1. Faber du Faur, El paso de Beresina, *París, B. N., Gabinete de Estampas* (Snark).

pital. Más aún que la estrategia de avanzada de Gneisenau, los empuja la noticia confidencial del derrotismo que reina en la ciudad.

El Emperador se aferra a la esperanza de lograr destruir los caminos de la retaguardia invasora y cortarle la retirada; aún puede contar con las guarniciones de las fortalezas de Francia oriental. Los campesinos se sublevan, dispuestos a defender *—junto a él—* la cuna de la revolución. Los descamisados de París insisten en ser llamados bajo las armas. Napoleón se niega: en esas condiciones, ¡no! No obstante eso, confía en vano en un duelo "caballeresco" cuando, en los congresos de Frankfurt y de Châtillon, hace circular propuestas de paz por intermedio de sus diplomáticos. Por más que ceda gradualmente, se deja burlar por la táctica contemporizadora de los hombres *prácticos*: la aguja del reloj ahora gira en favor de ellos. El 12 de marzo, Bordeaux aclama al duque de Angulema —siempre, claro está, bajo la sombra de las bayonetas inglesas— y la Vandea se alza en armas. El papa, liberado a toda prisa, se inclina —¿y cómo podía obrar de distinta manera?— a favor de los aliados.

Al final, es París la que asesta la puñalada por la espalda a Napoleón. Los mariscales, con su pensamiento dirigido al porvenir, combaten ahora a medias en sus respectivos sectores. Los notables meditan sobre las condiciones de rendición más favorables para ellos: basta ya de guerra y de "su causa": el Emperador. Predomina la subversión preparada. El comando de la Guardia Nacional y el consejo municipal de la ciudad se adhieren a la causa; los banqueros intervienen ante el vacilante Marmont. Mientras en los barrios obreros se cierran los puños, el 31 de marzo "nuestros amigos, los enemigos" hacen su entrada en París bajo una lluvia de flores arrojadas por los ciudadanos notables, cuyas señoras montan a la grupa de los corceles polacos. Los triunfadores declaran en seguida que no quieren tratar con Napoleón, y Talleyrand induce al senado a anunciar su destitución.

Ante tan funesto anuncio, Napoleón se precipita, a marcha forzada, desde St. Dizier a Fontainebleau e inicia el contraataque, cuando le llega la noticia de la defección general. Intenta entrar en conversaciones para conservar la sucesión a su hijo (y de María Luisa), pero es demasiado tarde: todas las ratas, con los generales a la cabeza, abandonan el barco que se está hundiendo. Toma entonces el veneno de Cabanis, pero no surte efecto. El 13 de abril se somete a la decisión de las potencias que le reconocen, "bajo el título personal de Emperador", una renta vitalicia y su soberanía sobre la isla de Elba. Cuando Luis XVIII llega a Calais el 23 de abril, después de un exilio que se prolon-

gó durante 23 años, Napoleón, amenazado de muerte por el populacho, dispara hacia el sur con una buena escolta y protegido por el uniforme austríaco. Y mientras los reblandecidos arribistas del Imperio giran en torno del sol artificial de los Borbones, para descansar de las antiguas glorias al lado de las chimeneas ricamente adornadas, el 4 de mayo llega él a su "capital", Portoferrario. Casi parecía como si la sinfonía de su vida quisiera concluir en opereta bajo el mismo cielo azul, bajo el cual había sido entonada. Impresión falaz. La historia de sus islas no termina aquí.

Los "cien días"

El juicio de Napoleón según el cual los Borbones "no habían olvidado nada ni aprendido nada", era inexacto. Luis XVIII había vuelto la espalda a la penosa hospitalidad británica, más cansado que vengativo. Se daba cuenta ya de que la revolución económico-social no es reversible, y que los regimientos se habían aficionado a la gloria del águila imperial que provocaba la envidia de los vencedores. Su Carta Constitucional era un puente suspendido para quien amaba los compromisos entre la burguesía de los negocios, la nueva nobleza y los "metafísicos" maltratados por su predecesor. El campesino no perdió materialmente nada.

Un "rey de la coalición" sin embargo, ofendía, a la nación que durante 20 años había dirigido los acontecimientos del mundo. Si estaba harta del conquistador fracasado, no por esto se sentía entusiasmada con el símbolo importado a raíz de su derrota. La paz había sido obtenida a buen precio: "los límites del año 1792" y ninguna reparación; nadie sabía, sin embargo, si "olvidar y perdonar" fuera suficiente. Los sangre-azuel y los *ultra* que ocupaban cada vez más los altos mandos, procedían a depurar. En las regiones occidentales y meridionales, el Terror Blanco arreciaba desde abajo. Solo ahora la revolución pareció —para algunos— completamente perdida, lo cual arrimaba de nuevo el recuerdo de Bonaparte si no a 1793, por lo menos a 1789. El Congreso de Viena aceptó como principio fundamental, la "legitimidad". De todos modos, era más fácil condenar iluminismo, insurrección y usurpador, que repartir Polonia, Sajonia o Nápoles: a comienzos de 1815, Inglaterra y Austria sellaban con Francia un acuerdo secreto contra Rusia y Prusia.

Napoleón pondera el resignado ocaso de un pequeñísimo principado patriarcal, frente a las perspectivas de un retorno. No se le paga el mantenimiento, ni le envían al hijo ni a la mujer: el conde Neipperg se adjudicó el encargo de consolar a la gran duquesa de Parma —María Luisa— y en lugar de ella va a la isla de Elba, María Walewska. Hay quien aconseja que se lo debe relegar a las islas Madera o a las Azores. Grito de alarma desde París: por última vez elude, junto a su guardia de honor, la vigilancia de las naves británicas, y el 1º de marzo se encuentra en el golfo de St. Jean.

Mientras los mariscales reflexionan, la tropa se vuelca, delirante, a su favor: ¡Viva el Emperador! Tal como lo había previsto, se aproxima a París sin disparar un tiro. La prensa cambia de color de día en día: "El ogro corso ha desembarcado - El usurpador aniquilado en Lyon - Bonaparte en Fontainebleau - La Capital espera a Su Majestad, el Emperador . . ." En la noche del 19 al 20 de marzo, Luis emprende la fuga y el 20, Napoleón hace su entrada en las Tullerías.

"Recomenzamos la Revolución". Nunca había apelado tanto a los ideales revolucionarios y nunca había encontrado tan vasto y entusiasta eco entre la gente simple de las ciudades y de los campos; es el *hombre de la nación ,el defensor de la patria.* ¿Iba a ser un imperio democrático que renuncia a la agresión?

Con ese fin hubiera tenido que aceptar el espíritu de sacrificio del pueblo y restablecer la dictadura revolucionaria de seguridad pública que se esperaba de él. Pero Napoleón no se supera a sí mismo, y deja escapar la última ocasión. Su amenaza dirigida a los Borbones —"¡los haré colgar de un farol!"—, sólo quedó en palabras. Atrae a su lado a los ofendidos republicanos pero quiere ganarse la voluntad de los notables; con la Constitución de abril quiere conformar tanto a Fouché y Carnot como a Benjamín Constant. Mientras tanto, la alta burguesía ha tenido demasiado de él de una vez y para siempre: ahora fastidia. Elecciones llenas de abstenciones y de cálculos, especulaciones, intrigas de Lafayette y Lanjuinais. Motivo de la desconfianza: Napoleón reconoce que a continuación de la victoria habría disuelto las cámaras.

También en política exterior cometió un error de evaluación: su sombra gigantesca ensombrece el esplendor de las danzas en Viena y un sentimiento de horror une a todos aquellos que antes estaban separados. Las grandes potencias, constituyen una cuádruple alianza contra el hombre que ellas mismas habían proscripto y cuya corona —con el país consternado ante una nueva invasión— se apoya en la fidelidad de los veteranos que acuden espontáneamente bajo sus banderas, confiriendo a los 'cien días" el carácter de una tragedia militar. El Emperador sólo puede confiar en sorprender por separado a los aliados, antes de que consigan coaligar sus fuerzas. Así cruza la frontera belga, según lo previsto, el 16 de junio, derrota a Blücher en Vigny, aunque sin desmoralizarlo. Cuando, dos días después, Napoleón embiste las líneas de Wellington, sin lograr romperlas a tiempo, los prusianos, iniciando nuevamente el asalto, lo atacan por su flanco derecho. La Guardia muere desangrada y la derrota de Waterloo el 18 de junio, se prolonga hasta transformarse en una catástrofe.

La desesperada empresa acaba por aniquilar al Emperador. No encontró la anhelada muerte en el campo de batalla y se resigna a una segunda abdicación. En vano millares de personas circundan el palacio del Elíseo para hacerlo desistir: "No es a ellos que he colmado de honores y dinero. ¿Qué me deben? Los he encontrado pobres y así los he dejado. Pero el instinto de la necesidad los ilumina, la voz del país habla a través de ellos . . . Pero no quiero ser el rey de la revuelta popular".

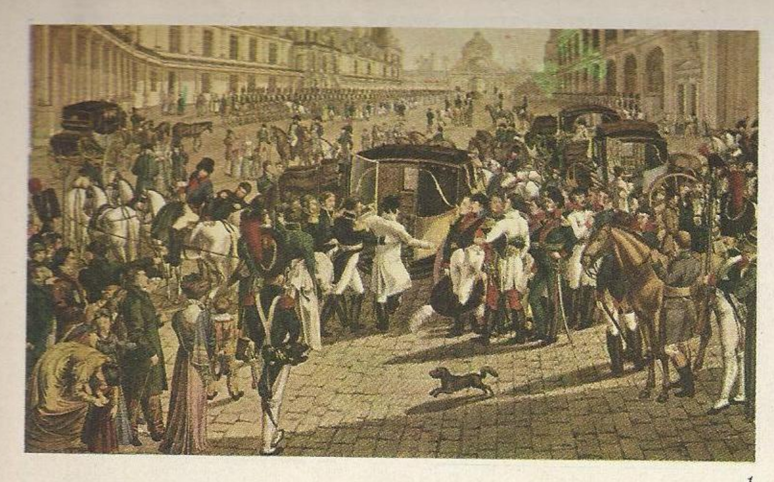
Desgraciadamente ambas cosas son verdad. En la Malmaison, morada de la difunta Josefina, pasa revista a sus recuerdos. Fracasada su tentativa de embarcarse para América, obtiene —"como Temístocles del rey de Persia"— asilo en Inglaterra. Pero los lores no están en vena de humor, lo declaran prisionero y lo despachan a la isla de Santa Elena.

En el segundo tratado de París, Francia es esquilmada aún más. En lugar de una "Santa Alianza de los pueblos" auspiciada por los jacobinos y los descamisados, surge una "Santa Alianza de los reyes". Comienza entonces un período de la historia de Europa en el que la Revolución dará la señal de ataque contra las reconstruidas Bastillas con otros medios y bajo otras banderas.

Con esto, Napoleón ya no tiene más nada que ver. Vive sus últimos años en el Atlántico meridional, en el trópico, separado del mundo y de los suyos, condenado a la inactividad, rodeado de un círculo de escasos fieles, sometidos a una vigilancia opresiva y con una salud en progresivo empeoramiento. Aquí muere, probablemente a causa de sus males de estómago, el 5 de mayo de 1821.

Fue

Al final de sus días, Bonaparte se sintió más próximo a sus orígenes que cuando fue el "sol" de Austerlitz y de Erfurt; más próximo, particularmente a la manera del yerno del "buen Franz": ". . . solo encuentro nobleza en la canalla que he desdeñado y canalla en la nobleza que he hecho." Ha puesto perfectamente en claro tanto la aversión con que perseguía la transformación social, cuanto la "nueva era" que, en nombre de "nuestra" gran revolución, contraponía a todos los *antiguos regímenes.* Aludiendo a la polarización de las fuerzas de las clases actuantes, preanunció un breve respiro a la reacción: "De ahora en adelante nada podrá destruir o borrar los grandes principios de "nuestra" Revolución. Puesto que los sobrevivientes del año II comparten con él el exilio, *El Padre la Violeta,* en desgracia en Santa Elena, mezcla ver-



1



2



3



4

1. *Partida de Napoleón de Fontainebleau hacia la isla de Elba. París, B. N.* (Snark).

2. *Entrada de Napoleón en París el 20 de marzo de 1815. París, B. N.* (Snark).

3. *Raffaet,* Waterloo (Snark).

4. *Raffaet,* El pensamiento (Snark).

5. *Partida para Santa Elena. Ilustración inglesa del siglo XIX* (Snark).

6. Napoleón en Santa Elena. *Epinal, Museo de "l'Imaginerie"* (Snark).

5

FÊTE DE NAPOLÉON A S.TE HÉLÈNE. (15 Août.)

Après la bataille de Waterloo, Napoléon avait confié sa personne à l'honneur des Anglais. Ceux-ci se couvrirent de honte en le retenant prisonnier et en l'envoyant comme tel dans l'Ile de St. Hélène. Là, Napoléon fut en butte à tous les genres de vexations que pouvait inventer l'exécrable Hudson Lowe, gouverneur de l'Ile. Pour se distraire dans son exil, l'Empereur lisait souvent et s'occupait d'agriculture. Un jour qu'il se livrait à ce genre d'amusement, le général Bertrand avec sa famille et quelques amis qui avaient suivi Napoléon dans son exil, vinrent célébrer sa fête en lui offrant le portrait de son fils. L'Empereur, vivement ému et pouvant à peine retenir ses larmes: « Je vous remercie, mes amis, leur dit-il, votre Empereur n'en attendait pas moins de vous. Mais faut-il que ce cher enfant soit privé des baisers de son père, soit élevé dans une Cour Autrichienne, lui né Français et à qui la plus belle couronne de l'Europe appartient!!... »

Propriété des Éditeurs. (Déposé.)

DE LA FABRIQUE DE DECKHERR FRERES, LIBRAIRES.

IMPRIMERIE DE CHS.-FRÉD. DECKHERR, A MONTBÉLIARD.

6

dad y poesía, y entrelaza la oposición liberal, antes bien democrática, con la leyenda creada por él mismo: "he salvado la Revolución . . . tal es la causa por la cual muero mártir".

En Córcega, su figura permanecerá durante mucho tiempo oscurecida por la de Paoli. En Francia, la veneración perdura en las familias campesinas de la región alsaciana de la frontera, entre algunos historiadores y militares. Por más que sus despojos hayan sido trasladados —en 1840— a la catedral de los Inválidos en París, permanece, de cierta manera, excluido de la tradición nacional. En última instancia, ésta no ha aceptado el fulgente meteoro llameante, considerándolo un extraordinario y desconcertante episodio, que ha dejado tras de sí más ruinas que beneficios. Las *ideas napoleónicas*, después de un ascenso vertiginoso, sufrieron un desmentido en las chismerías de sus descendientes, que, a la par que él, pretendían emular al león. Sin embargo, decenas de millares de escritos se han dedicado a Napoleón, y la cuestión todavía está sin resolver. Según Goethe, el Padre Eterno, con ligera ironía, dice al diablo: "Si tienes el coraje de atacarlo, puedes arrastrarlo al infierno". Admirablemente conciso es Manzoni en el *Cinco de mayo*: "Él fue . . . ¿Fue verdadera gloria? ¡A la posteridad corresponde la ardua sentencia!".

Queda por ver a qué debe atribuirse la gloria: ¿a la inagotable capacidad creadora, al máximo esfuerzo espiritual, al purísimo y ético espíritu de sacrificio, a la completa identificación del impulso íntimo con una misión histórica para la construcción de un mundo que abra el porvenir a las generaciones futuras?

Si es así, naturalmente el más grande de los *condottieri* de la era de la manufactura —y, desde cierto punto de vista, el último gigante en su género—, no se encuentra a la altura de muchos otros. Ni siquiera de la de Maximiliano Robespierre, el abogado de Arrás, al que incluso honraba —y nuevamente— en Santa Elena. Un carácter autoritario, vengativo, presuntuoso, hipócrita y avaro; un jugador fullero que abusaba de la intangibilidad imperial del Emperador. A veces desordenado, egocéntrico, frustrado por una candente ambición, calculador desprovisto de generosidad, pone de manifiesto hasta su mal gusto teatral cuando hace su "entrada en escena" como un histrión o cuando ejercita sus modales frente al espejo, "pequeño como uno cualquiera, frente a su valet".

A menudo fanfarroneaba sin escrúpulo, y nada le importaba pisotear los sentimientos más sagrados. La conciencia le remuerde a veces por algunos soldados que habían perdido la vida en una demostración de su habilidad de subteniente ante los ojos de una muchacha, mientras los millones de muertos en los campos de batalla y las ruinas de las guerras le parecen normales. En realidad, incluso en sus mejores tiempos, no ha sido más que un girondino disfrazado, alérgico ante el mínimo amago de soberanía popular, inaccesible al amor por los humildes y sus necesidades. Su renuncia a cuanto de bueno había realizado la Revolución cumplió su venganza. El Emperador, que hace abrir los sarcófagos de Carlomagno y de Federico II, se convierte en un pragmático casi imbatible de cerca, pero sin clarividencia y sin profundidad. Tiende a la contradicción proque es un jugador fatalista, que en la paz piensa continuar la guerra con diversos medios, más que continuar (para decirlo con términos de Clausewitz) una política en la guerra. Cree, en definitiva —coincidiendo casi con las proféticas palabras de Leticia, "con tal que esto dure"— que el dominio sobre Europa terminará con él (lisonjero por su "unicidad") y sin embargo confía, con una primordial ceguera paternal, dejar a Napoleón II, contra entrega del "pagaré", una Francia poderosa y bien ordenada. ¿Podía la Revolución caer más bajo?

Durante su vida ha sido ya contrabatido: por la contraestrategia rusa y prusiana, por la fusilería de los infantes de Wellington, por la astucia de Talleyrand y por la hábil firmeza de Pío VII. El obispo de Besanzón, Le Coz, se hace doblemente culpable de herejía, cuando apostrofa: "Hasta aquí el más perfecto héroe salido de las manos de Dios". En el ascenso de la burguesía al dominio del mundo, se demuestra un instrumento como tantos otros. Cuando el moro cumple con su deber y se convierte en peso muerto, tiene que marcharse.

Pero éste no es más que un lado de la medalla.

Clarísima su bravura, que erróneamente presuponía en los demás; pero, en ningún caso, individuo dotado de un genio específico que bordee la locura, Napoleón debe responder si ha logrado hacer irreversible el ordenamiento social de 1789; si su talento militar ha logrado difundir la revolución por toda Europa; si al ímpetu del pensamiento de la emancipación burguesa, después de haberla implantado en Francia, le allanó el camino más allá de sus fronteras, si abatió cercos y barreras, que ni siquiera su derrota pudo reconstituir; si su arte de guerra contribuyó siempre a crear y a acelerar desarrollos irrepetibles, incluso cuando tuvieron distinto éxito del que él se imaginaba; si hizo brotar fuentes, ayudando sin querer a sus enemigos a liberarse de estrecheces, si los ha obligado directamente a servirse de sus mismas conquistas —de buen o mal grado, con o sin segundas intenciones— para afirmarse contra el infiel administrador de la herencia de la Revolución.

El ejército de Italia y el *Risorgimento*, la batalla de las Pirámides y Mohamed Alí, Jena y von Stein, Wagram, Borodino, Bayona y Riego, Bolívar: ¿potencia faustomefistofélica que siempre quiere el mal y crea el bien? ¿No han demostrado mayor intuición Stendhal y Balzac, Mikiewicz y Pushkin, Byron y Heine, Víctor Hugo y Tolstoy, Stefan Zweig y Aragon con Walter Scott y Carlyle, que han volcado sobre el Emperador el rencor de Burke contra la democracia revolucionaria?

Ni ideal ni modelo, sino instrumento del progreso general del mundo, incontenible en su marcha: así los renanos Marx y Engels —lejísimos de cualquier culto— sintieron la condicionada pero incancelable potencia de la "espada" Bonaparte. Para decirlo con palabras de Franz Mehring: más que el mosaico de mil pormenores que vagan como fuegos fatuos, la fascinación de una *personalidad* que ha impregnado de sí mismo toda su época y la ha ligado a su nombre.

Bibliografía

Memorias ricas en informaciones: Madame Junot ("duquesa de Abrantes"), Rémusat, Stäel, Bourrienne, Caulaincourt, Chaptal, Benjamín Constant, Fain, Molé, Pozzo di Borgo, Ségur, etc.

Napoleón III hizo publicar entre 1852-70 las cartas de Napoleón.

A. Thiers: *Historia de la Revolución Francesa*, 12 vol. Nacional, Méjico. Carlyle: *Los Héroes y la Revolución Francesa*, Mateu, Barcelona, 1966. G. Lefebvre: *La Revolución Francesa y el Imperio*, Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1966. G. Pariset (1921, *Historie de France*, vol. III, ed. Lavisse). E. de Gandía: *Napoleón y la independencia de América*, Zamora, Buenos Aires.

Monografías de divulgación: A. Dumas (padre); H. Belloc (en español, Emecé y Sudamericana, Bs. Aires); G. Salvemini; E. Ludwig (en español, Diana, Méjico y Juventud, Barcelona); J. Savant (en esp. Fabril Ed., Buenos Aires); Chateaubriand (en esp. Mateu, Barcelona) y E. Tarle (en esp. Futuro, Codilibrio, Buenos Aires; y Grijalbo, Méjico).

El fascículo Nº 5 de

LOS HOMBRES de la historia

la Historia Universal
a través de
sus protagonistas

contiene la biografía
completa e ilustrada de

Einstein

El mayor teórico de los tiempos modernos, que se encontró - como alemán, como hebreo, como convencido pacifista -, en el centro de los más dramáticos conflictos del mundo contemporáneo.



¡Un momento apasionante de la historia que usted debe conocer!



LOS HOMBRES de la historia

Cien biografías fundamentales. La historia del mundo a través de la historia de sus protagonistas. Historiadores y especialistas han colaborado para ofrecer la interpretación más moderna e ilustrada de los hechos que preocuparon y preocupan al hombre. Las más importantes conquistas en el campo de la ciencia - el marxismo, el psicoanálisis, la relatividad, la gravitación universal-; en el campo del arte - el simbolismo, el surrealismo, el cubismo-; en el campo de la acción... Indispensable para quien no quiera quedar al margen del saber, para el estudiante, para el profesor.

La dirección se reserva el derecho de cambiar algunos de los títulos del presente plan.

Si desea encuadernar los fascículos separe las tapas de los interiores.
Agrupe los interiores en los tomos correspondientes según la indicación dada en el interior de la tapa.
Separe las contratapas y forme con las láminas de tapa el Atlas Iconográfico de la Historia Universal.
Oportunamente la editorial pondrá en venta las tapas-libros con sus portadas e índices para encuadernar los tomos.

Publicación semanal

m$n 120,- el ejemplar

Plan de la obra

1/ La civilización de los Orígenes
Homero, Buda, Confucio, Ramsés II, Moisés, Solón

2/ La edad de Grecia
Pericles, Alejandro, Eurípides, Arquímedes, Sócrates, Los Gracos, Ciro

3/ La civilización romana
Augusto, Constantino, Atila, Virgilio, Jesús, Marco Aurelio

4/ Cristianismo y Medioevo
Carlomagno, Mahoma, Marco Polo, Francisco de Asís, Tomás de Aquino, Dante, Abelardo

5/ Del Humanismo a la Contrarreforma
Leonardo de Vinci, Ignacio de Loyola, Carlos V, Cristóbal Colón, Maquiavelo, Galileo, Calvino

6/ Los estados nacionales
Felipe II, Richelieu, Descartes, Shakespeare, Cervantes, Rembrandt, Iván el Terrible

7/ El setecientos
Luis XIV, Bach, Voltaire, Newton, Pedro el Grande, Túpac Amaru, Cook

8/ La Revolución Francesa y el período napoleónico
Napoleón, Robespierre, Franklin, Talleyrand, Hegel, Beethoven, Goya

9/ El siglo XIX: La Restauración
Metternich, San Martín, Balzac, Bolívar, Saint Simon, Goethe, Delacroix, Marx, Artigas, Poe, Hidalgo, O'Higgins

10/ El siglo XIX: Las revoluciones nacionales
Lincoln, Nietzsche, Dostoievski, Wagner, Courbet, Pasteur, Darwin, Engels, Disraeli, Baudelaire, Juárez, Martí

11/ El siglo XIX: La Revolución Industrial
Freud, Van Gogh, Tolstoi, León XIII, Bismark, Ford

12/ El mundo contemporáneo
Churchill, Einstein, Lenin, Gandhi, Hitler, García Lorca, Pío XII, Picasso, Eisenstein, Mussolini, Stalin, Roosevelt, Chaplin, Mao-Tse-tung, Juan XXIII, "Che" Guevara